BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE
Sección bn cl
Clasificación 9(321-43)
Cutter
Año Ed. 1944 Copia
Registro Seaco
Registro Notis.

Antes 11/284-47

Santiago de Siglo en Siglo

COLECCION "VIAJES Y PANORAMAS"

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION DE

MANUEL ROJAS

Es propiedad. Inscripción N.º 10027. Derechos reservados: Copyright by Empresa Editora Zig-Zag, S. A., Santiago de Chile, 1944.

CARLOS PEÑA OTAEGUI

MIEMBRO DE NÚMERO DE LA ACADEMIA
CHILENA DE LA HISTORIA

SANTIAGO
DE SIGLO EN SIGLO

COMENTARIO
HISTORICO E ICONOGRAFICO DE
SU FORMACION Y EVOLUCION
EN LOS CUATRO SIGLOS DE SU
EXISTENCIA

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG

SANTIAGO DE CHILE/1944

PRESENTACIÓN GRÁFICA DE MAURICIO AMSTER

VISITACION
de IMPRENTAS y BIBLIOTECAS
AGO 8 1944
DEPOSITO LEGAL

PUBLICADO
BAJO LOS AUSPICIOS DE LA
ACADEMIA CHILENA DE LA HISTORIA
Y CON LA COOPERACIÓN DE LA
COMISIÓN MUNICIPAL
DEL 4.º CENTENARIO
DE SANTIAGO

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

DON PEDRO DE VALDIVIA
FUNDADOR DE LA CIUDAD
DE SANTIAGO.

(Según un documento del S. XVII)

PROLOGO

No es, por cierto, nuestra pretensión ofrecer a los lectores, en las siguientes páginas, una Historia de nuestra Ciudad enriquecida de investigaciones inéditas que nos proporcionen documentos nuevos relacionados con su pasado.

Nuestro objeto, más modesto, ha sido presentar algunos aspectos que den a conocer la vida de Santiago de Chile a lo largo de sus cuatro siglos de existencia, y su transformación paulatina del pobre villorrio de sus orígenes, y, en seguida, de la pequeña ciudad que conservaba intacto su sello de vieja España colonial, en la capital actual en pleno progreso y crecimiento.

Hemos prestado toda la importancia que merecía a la ilustración de esta obra, basada en documentos y planos antiguos poco conocidos e inéditos, especialmente en vistas fotográficas de la época, que nos revelan en detalle el Santiago de la primera mitad del siglo pasado hasta los albores del actual.

No ha mucho que el arte de la fotografía ha conquistado el sitio que merecía entre las pruebas documentarias de la Historia, a medida que el siglo XIX, que lo vió nacer, va entrando a ella.

Será aquel Santiago que desfilará en las vistas fotográficas que nos es grato presentar aquí. Muchos de estos aspectos han desaparecido ante su crecimiento natural, por las transformaciones lamentables, pero inevitables, que acarrea el progreso en toda urbe moderna forzosamente trivial.

El texto que presentamos en estas páginas servirá de introducción, o de explicación preliminar apropiada a las vistas que acompaña. Tal vez resalte de su lectura la comprobación de que la historia de una aglomeración humana es la de un ser vivo y en continua evolución, cuyo pasado es menester no ignorar para poder apreciar justamente no sólo el ritmo constante de su progreso y la grandeza

SECCION CONTROL
Y
CATALOGACION
BIBLIOTECA NACIONAL

del esfuerzo en medio de tantas penurias y de tanto heroísmo de las generaciones anteriores, sino también para augurar las posibilidades del futuro.

Para establecer nuestro texto, que hemos dividido en tantas partes cuantos siglos han sido recorridos hasta la fecha, nos hemos basado en los antiguos cronistas e historiadores, y para la época moderna, en los relatos de los viajeros, verdadero tesoro para formarse una visión exacta de la vida de Santiago a los pocos años de nuestra independencia.

Deseando evitar recargar con notas y referencias de pie de página, que suelen distraer y perturbar la atención del lector, hemos preferido agrupar para cada siglo en una Bibliografía, a continuación del texto, la lista de los autores y obras que han servido de fuentes para la redacción de este libro.

No hemos querido efectuar una obra de severa crítica histórica que viniera a enmendar errores de autores anteriores, ni tampoco deducir teorías filosóficas, según la moderna práctica, que suele preferir extraer la quintaesencia de los hechos que no relatarlos. Dejando a otros, más caracterizados en las investigaciones históricas, este modo más científico de apreciarlos, no hemos desechado tal o cual leyenda, o tal o cual aseveración discutible pero pintoresca del dominio de la "petite histoire".

Amante de nuestra gran ciudad del Mapocho, esperamos haber contribuído con nuestro modesto grano de arena a fomentar el conocimiento de su tan interesante historia cuatro veces secular.

C. P.

EL SIGLO XIX

ALBORADA DE SIGLO

Al terminar la época del coloniaje, Santiago de Chile no era a primera vista ni más ni menos que cualquiera de las ciudades andaluzas o simplemente meridionales de la Madre Patria, con chulos y chulas en menos y la cordillera nevada a más.

Ya conocemos el aspecto primitivo de nuestra capital, que conservó hasta avanzado el siglo pasado. Siempre las interminables murallas de adobes o hileras de casas bajas que sólo interrumpía de cuando en cuando el mojinete inevitable, como sombrero tricornio de tejas, encima del portón de acceso. Paredes monótonas de conventos, y poquísimas casas de dos pisos o de altillo de esquina, con pesados portones que dominaba a veces el escudo de armas de su dueño esculpido en piedra, otras "de nicho" o también "de cadena", como se solían distinguir, componían con numerosas iglesias, bajo sencillos campanarios blanqueados, patios floridos y huertos, la capital de la flamante República de Chile.

La Plaza Mayor o de Armas, corazón de la ciudad, conservaba, como aun las conserva, las dimensiones que le otorgara, en conformidad a las Leyes de Indias, el alarife que las mensurara en el principio. Estaba aún sin empedrar y afeada por la existencia de aquel inmundo galpón que, como se sabe, ocupaba desde el siglo anterior todo el costado oriente, entre las calles de las Monjitas y de la Merced, de Cárcel a Portal, el cual servía, con los inconvenientes y hedores del caso, de plaza de abastos a falta de otra.

En ella también, complemento inevitable de toda Plaza Mayor española de antaño, se veía la columna del rollo o pilar de justicia, cerca de la pila de bronce, herencia del siglo XVII, siempre rodeada de vendedores de mote, de picarones y huesillos, así como de las sedientas caballerías de los carniceros y aguadores que se surtían en la fuente del agua que repartían por la ciudad.

Poco o nada se barría la extensión desértica, que cruzaba una mal oliente acequia, y por la cual paseaban las ráfagas de viento helado en invierno y las columnas de polvo caliente en verano.

Zapiola, a cuyo "Recuerdos de Treinta Años" hay que referirse siempre al querer pintar lo que era Santiago en los albores de nuestra vida independiente, de que fué testigo ocular, y cuyo carácter pintoresco supo tan bien pintar, dice que los presos de la cárcel vecina solían abandonar las rejas de la prisión a la cual se apiñaban, por la muerte de un obispo o alguna festividad patria de muchos cañonazos, y empuñar la escoba de ramas de espino con la pretensión de limpiar la Plaza de sus inmundicias, pero, en realidad, para dejarla tan sucia como antes.

Frente a la cárcel se preparaba la comida de los penados; ahí quedaban las cenizas y demás residuos, y en el suelo, el charco de agua hedionda que sirviera para la preparación de los porotos.

Ciertas calles eran evitadas por los transeúntes a hora de siesta y de noche, por peligrosas y nauseabundas; así la de San Antonio, por sus letrinas y las basuras que ahí yacían sin que nadie se preocupara de levantarlas, como aquel cadáver de un pobre borrico, sin duda muerto a palos, que nadie pensaba en enterrar. Si recordamos la justa severidad de las ordenanzas municipales del Cabildo en los primeros días de Santiago del Nuevo Extremo, se podría deducir, no sin razón, que la actividad, eficiencia y capacidad de los ediles habían decaído sensiblemente desde entonces.

En el Mapocho acostumbraban bañarse los pilletes y muchachos, e iban hasta hacer sus abluciones en el albañal del convento de Santo Domingo, cuya pileta claustral alimentaba. Para evitar tamaña incongruencia, los frailes tenían que delegar a punto fijo, armado de una varilla de mimbre, a Fray Roco, lego de la comunidad, que correteaba a los bañistas sin piedad. Tampoco dejaban de entregarse

chicos y grandes a los placeres de la hidroterapia al aire libre, los días de calor en plena Cañada, en una laguna que solía formarse con los derrames de las acequias vecinas.

Así alcanzó Santiago, con aspecto de gran villorrio apacible, a la época que nos queda que estudiar y que inicia la era de crecimiento y de progreso de la ciudad, que le han permitido transformarse en poco más de un siglo en la capital moderna que, a pesar de no haber sabido conservar ni un rastro de su carácter español o morisco, como lo llamaban los viajeros, guarda siempre un singular encanto, efecto de su situación y de la hermosura de su horizonte, así como de su clima envidiable, que siempre supieron apreciar y alabar los cronistas y demás visitantes del pasado.

LOS VIAJEROS

Al consolidarse la República, después de las guerras de la Independencia, y aun cuando continuaba la guerrilla en el Sur del país, los extranjeros afluyeron numerosos a Chile, especialmente ingleses y americanos, en busca de buenos negocios los unos, o en representación de firmas comerciales o navieras de sus países respectivos los otros, como también no pocos marinos y militares que concurrieron a la contienda contra España.

Entre estos viajeros, fueron numerosos los que publicaron sus impresiones de este país, en la lejanía del Mar del Sur, tan poco conocido en Europa. Nombremos al "Oficial de la Marina inglesa" al servicio de Chile de 1821 a 1829, cuyo interesante relato fué traducido y publicado por don José Toribio Medina; a Mary Graham, cuyo diario de residencia en Chile en 1822 es, sin lugar a dudas, el más reputado entre los relatos de la época; a Peter Schmidtmeyer, a Gabriel Lafond de Lucy, a John Miers, a Samuel Haigh, a William Ruschemberger, quienes pasaron todos por Santiago entre los años de 1820 y 1830.

En realidad, el campo en el cual se desarrollan estos relatos es singularmente reducido. Sin embargo, estos memorialistas se com-

pletan uno a otro en la variedad de los detalles, interpretados de distinta manera, de acuerdo con el carácter y la personalidad de cada autor. Se desprende de su lectura, siempre agradable, una visión muy completa de lo que era Santiago a los diez años de su vida independiente, de sus monumentos y de la vida privada de sus habitantes, en el momento preciso en que unos y otros, paulatinamente, iban a experimentar un trastorno completo. No es sin emoción que se comprueba con qué unanimidad cantan el agrado de la vida, la distinción de la sociedad, la excelencia del clima, y no falta quien declare a Chile "el mejor país de América".

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

LA PLAZA EN 1820

Sabemos lo que era la Plaza en los siglos anteriores, y poca diferencia había experimentado en el correr del tiempo hasta el año que nos ocupa, y en que nos la pintan los viajeros ya nombrados con la Casa de Gobierno y las Cajas, el Cabildo, la Catedral en sempiterna y lenta construcción, el portal medio ruinoso, como lo dejaba cada temblor fuerte que sacudía el país.

Al lado de la Catedral, hacia Compañía, se veía el viejo portal del obispo Salcedo, que los documentos de la época nos pintan fuera de la línea y muy irregular, y tal como debía desaparecer poco después.

La Catedral, tal vez convenga recalcarlo, era toda de piedra del cerro Blanco, y se iba edificando de acuerdo con el plano de Toesca, el cual murió mucho antes de ver su obra acabada. Exhibía entonces en su parte posterior un torreón que servía de campanario para el toque del esquilón y para los llamados a los oficios. Aseguraban que se había tomado por modelo a la basílica romana de San Juan de Letrán: "caput et mater omnium ecclesiarum".

Desde la Independencia, en que todo lo que recordaba a la do-

minación española tuvo que desaparecer, ya no se veía en su altar la imagen venerada del apóstol Santiago, patrono jurado de la ciudad, jinete en su caballo blanco encabritado y ostentando en el pescuezo la venera de la orden militar de su nombre. Encima de los sepulcros de los obispos se veían colgando de las vigas los sombreros de teja polvorientos, con su púrpura y sus flecos.

En el Portal de Sierra Bella continuaba el comercio tradicional bajo sus arcos, en galerías sombrías y bajas, verdaderas ratoneras en que como incrustados en sus 20 pilares se encontraban los llamados "cajones" o baratillos en que se expendían mercaderías al detalle. El soportal del Conde de Sierra Bella, a la sazón avecindado en Lima, comprendía así 21 tiendas bajo sus galerías y 19 "cajones" o baratillos de madera.

En cuanto al último costado de la Plaza, que cae al oriente, "lado de la resolana y del chavalongo", como se decía, estaba repartido entre cuatro casonas de tejas, altillos, mojinetes levantados y "ventanas bajas a manera de petacas" como las describió don Benjamín Vicuña Mackenna.

Uno de aquellos solares esquina de las Monjitas había pertenecido al obispo Aldunate, aquel inteligente prelado que fué el vicepresidente de la Primera Junta de Gobierno; la del mayorazgo Ruiz Tagle y Torquemada se levantaba en la otra esquina, con la calle de la Merced; y en el medio de la cuadra, con fachada a la plaza, estaba la casona que había pertenecido al primer Briand de la Morandais o Morandé, como se tradujo o se simplificó su viejo apellido de Bretaña.

La casona de Morandé era llamada "del rollo" por su proximidad a la picota de justicia, que ya hemos mencionado, y que no desapareció de nuestra plaza principal sino en el primer tercio del siglo. En la primera mitad del que nos ocupa era imprenta, club, botica y sastrería, casa de correos y taller de mecánica. La imprenta, narra Vicuña Mackenna, fué más tarde la del diario "El Progreso", y ocupaba uno de los altillos. La botica era la de Barrios, que servía a la vez de club, a falta de otro, con su hornilla siempre encendida donde se calentaban las tisanas e infusiones. En cuanto al dueño de la sastrería, se veía en su mesón, en mangas de camisa y delantal de

sarga verde. Para completar el cuadro evocador y pintoresco: en su "chiribitil" de relojería, el relojero "don Benjamín", un francés, esperaba sus clientes fumando su pipa.

La Municipalidad, deseosa de edificar ahí el principal teatro de la ciudad, en ese sitio central donde hubiera estado, por cierto, muy bien situado y a fácil alcance del público, había ofrecido por el terreno y la vieja casona la suma crecida de 50.000 pesos. Por falta de dinero, o cualquiera otra razón, la operación no se había realizado. Más tarde, al terminar la época que nos ocupa, veremos al capitalista Mac-Clure construir ahí el portal que durante medio siglo llevó su nombre, y que fué uno de los mejores y más modernos, que contribuyera a modernizar la ciudad.

El intendente don Ramón de la Cavareda dispuso, por los años de 1835, que se empedrase la Plaza, centro magnético de Santiago, con el dinero que produjera la multa que se impuso a los jugadores de copete.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Iglesias

1 Catedral y palacio del Arzobispo
2 Iglesia de Sto Francisco
3 ___ de Sto Diego
4 ___ de Sto Isidro
5 ___ de Sto Lazaro
6 ___ de Sto Borjas
7 ___ del Colegio de Agustinos
8 ___ de Sto Miguel
9 ___ de la Compañia
10 ___ de la Caridad
11 ___ de Sto Pablo
12 ___ de Sta Ana
13 ___ de la Estampa
14 Monasterio del Carmen de Sto Jose
15 ___ de las Claras
16 ___ de Agustinas
17 ___ de las Capuchinas
18 ___ de las Rosas
19 ___ del Carmen de Sto Rafael
20 Convento de la recoleta dominica
21 ___ de recoleta franciscana
22 ___ de Sto Domingo
23 ___ de Sto Agustin
24 ___ de la Merced
25 Capilla de la Soledad

Diversos Edificios

A Palacio del Gobierno
B ___ de Justicia
C Museo, Intendencia é Instituto
D Ministerio
E Correo publico
F Correo
G Consulado y Cam. de Senadores
H Casa de Moneda
I Fortaleza
J Las Huerfanas
K Hospital de Mujeres
L ___ de Hombres
M Cementerio de Gallos
N Baños publicos
O Universidad y Cam. de Diputados

Levantado por Cl. Gay y gravado por Erhard

PLANO DE SANTIAGO

(1831)

Imp.ie de Knappelin Quai Voltaire 17 a Paris

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

LA PILA DE ROSALES

En 1838 se reemplazó la histórica, pero modesta fuente que adornaba el centro de la Plaza desde hacía cerca de siglo y medio, obra de bronce del maestro Alonso Meléndez, por el monumento de mármol blanco de Carrara, que por milagro, en este país en que nada dura, la sigue adornando aún. Fué llamada por el público "La Pila de Rosales", por haber sido don Francisco Javier Rosales Larrain, por entonces Encargado de Negocios de Chile en Francia, quien la adquirió en 72.000 pesos, suma considerable por el valor de la moneda a la sazón. Esculpido en Génova por el escultor Orsolino para un gobierno americano que no lo pudo pagar, se interpretaron como se pudo las escenas que representan sus bajos relieves, que fueron bautizadas: la batalla de Rancagua y una batalla naval frente a Valparaíso. El medallón central pasó a ser el retrato, "atribuído", de don Bernardo O'Higgins. El espíritu artístico y crítico, por suerte, no se encontraba aún muy desarrollado.

En cuanto a la venerable pila de bronce, fué trasladada, en una continua peregrinación, de la Plaza a la Alameda, de ahí a la plazuela de la Recoleta Franciscana, en seguida la hemos visto a la

subida del cerro Santa Lucía por la calle de la Merced, y ahora, colocada sobre una base de piedra que la enaltece, se encuentra en un lugar de honor, en el centro del patio del Palacio de la Moneda, donde es de desear que terminen sus padecimientos.

Mary Graham, que supo captar tan bien los aspectos pintorescos que le presentaba Santiago, nos pinta la Plaza cruzada por hombres de poncho y sombreros de paja, al galope de sus cabalgaduras que levantaban una nube de polvo, y también por vehículos de todas clases: carrozas tiradas a cuatro caballos, calesas chillonas y ligeros birlochos, sin olvidar la pesada carreta entoldada de coligüe, arrastrada por numerosos bueyes.

Los días en que se anunciaba la entrada al Puerto de algún buque de la carrera, en realidad "el día de mala" de aquellos años y de ahí su nombre, se colocaba una bandera roja en la fachada del palacio de las Cajas, en la que se leía en letras blancas: "llegó el vapor", con el fin de que quedase avisado el comercio.

EL PALACIO Y EL PUENTE

Fuera de la Plaza de Armas y de sus modestos monumentos, los demás, de que se vanagloriaba la ciudad, eran dos palacios y un puente, sin contar algunas sencillas iglesias de estilo colonial muy desnudo y desprovisto de arte. De los unos como de las otras ya hemos hablado en los capítulos anteriores, sin que el siglo XIX en su principio hubiese traído cambio alguno digno de ser mencionado. La Moneda, entonces dedicada a la acuñación de moneda, era considerada por los extranjeros, con su ancho pórtico de arquería y pilares macizos de ladrillo, como muy majestuoso: "very paltry".

Los chilenos, decía Miers, el cual no perdía ocasión de calumniar al nativo o de burlarse de él, "muestran este edificio con sumo orgullo, y suponen que no existe en el mundo otro que se le asemeje". Agrega en el mismo tono, que el extranjero que visita a América y desea conservar buenas relaciones con los indígenas "debe olvidar todo lo que ha dejado en Europa, y poner su gusto al diapasón y al nivel de los criollos". Según el mismo Miers, la Moneda no es sino "la obra maestra de un ladrillero, en un pueblo acostumbrado al adobe secado al sol y cimentado con barro".

Ya sabemos cómo nació el puente de Cal y Canto y veremos después cómo murió. Merecía los aplausos de todos los escritores que pasaban por el país. Alto y ancho, con amplias ramblas de acceso, que se extendían a distancia considerable de su arquería, constituía una obra maestra con sus garitas semicirculares que rompían la monotonía de sus barandas. En ellas se cobijaban unos baratillos de pintoresco aspecto, que al llegar la noche se iluminaban, en esa época de medias tinieblas, a punta de "quinqués" y de faroles. Gilliss, que frecuentaba el puente por la mitad de siglo, habla de escaños de piedra destinados al descanso de los transeúntes, y de las poco tentadoras frutas, dulces y otras "confecciones" que en los baratillos del puente se expendían. Como de noche el puente solía ser el teatro de las hazañas de los ladrones, existía a su salida del lado de la Cañadilla un cuerpo de guardia con centinela, arma al pie, para la defensa de los viandantes.

LA CALLE A HORA DE SIESTA

El "Oficial de la Marina inglesa", cuyo relato fué traducido por don José Toribio Medina, escribía: que si bien es cierto que al entrar a la ciudad por el Obelisco y San Pablo las calles son insignificantes y mal presentadas, ellas mejoran mucho al avanzar hacia el centro, y se ven pavimentadas con losas de piedra de pórfido rojo del cerro San Cristóbal.

Sin embargo, el viajero, como Gilliss, tenía que extrañarse, al llegar a las horas consagradas al trabajo, después de largos muros y de alamedas interminables, de la soledad que se notaba por las calles.

A la hora de la siesta reina el silencio, pues el sol hace huir a las gentes hasta sus casas. En alguna plazuela, dice, se ve un hombre ocupado en saborear un delicioso melón, o algún peón de a caballo, "entretenido con la chicha", correr por el pavimento borneando el lazo y la manta al viento.

En las esquinas dormita un policial de a caballo. En los patios se columbran unos hornos de pan que parecen colmenas de abejas. No hay vida ni actividad, nada de la animación usual de una capital pequeña o grande, ni evidencia de negocio, sino rudos signos en las murallas en una ortografía de fantasía. Una cadena de presos re-

mienda el pavimento de una calle bajo la vigilancia de un policía montado. Pasa al tranco de su caballo algún huaso, y los aguadores al galope. Las tiendas son pocas; la Plaza, vacía. Supongo que este cuadro lóbrego de Santiago, escrito en 1850 por J. M. Gilliss, correspondería a algún mes de verano, o a la hora de la siesta que todos practicaban "a calzón quitado", costumbre heredada de los tiempos de España.

Las calles están en general pavimentadas, y la mayor parte tienen veredas de 5 a 6 pies de ancho, pero el agua corre por el centro de la calle, que ha sido, con ese fin, construído más bajo que los lados. Dice Gilliss que así es porque, lo mismo que en China, no se modifican las costumbres implantadas por los antepasados.

PREGONES CALLEJEROS

Según el "marino inglés", que comparte una opinión favorable con el presbítero Salusti, sacerdote que acompañaba al delegado apostólico Monseñor Muzi, muchas casas eran hermosas. El frente de las habitaciones a la calle se presentaba generalmente dividido en pequeñas viviendas arrendadas como tiendas. Era común ver a cada lado de la entrada de una casa importante alguna pulpería o depósito de velas de sebo, o la covacha de un zapatero remendón.

Retumbaba a ratos la calle silenciosa con los pregones de los vendedores ambulantes, que poetizaba la distancia. Era el vendedor de zapatos que gritaba a voz en cuello: "¡llevo los zapatos de duradera y de cordobán!"; era el esterero que clamaba: "¡esteras de estrado bien hechas!", y el vendedor de empanadas: "¡que se acaban las empanadas calientes con dulce y con pasas!".

Siguiendo el concierto de los pregones, se oía al que vendía por las calles obleas para sellar cartas, pajuelas que eran las precursoras de los fósforos, y solimán, que lo era del "rouge", pregonando con voz de tiple: "¡obleas!, ¡pajuelas!, solimán!", y el aguador, con voz ronca: "¡tero!". "¡Frutillas!", gritaba el frutillero a caballo entre sus

árguenas llenas de esa perfumada y sabrosa fruta; "¡yerba!", el que ofrecía alfalfa recién segada para los caballos de la calesa o la mula del birlocho.

"¡Velones de Tapihue!", cantaba el velero, y el pollero: "¡que llevo gallinas gordas, casero!", pregón histórico este último, que sirvió de santo y seña de una conspiración de los Carrera. En los días de verano, en el mismo orden de ideas, se oía: "¡ah!, l'orchat bien helaa!"; el vendedor de helados salmodiaba: "¡...helao cantao!", y el heladero de leche: "¡de leit..., bien helao!". Una vez pasado el pregonero, el silencio volvía a planear sobre la calle llena de sol.

ORDENANZAS DE BUEN GOBIERNO

En 1820, don Salvador de la Cavareda, regidor y juez de policía urbana, había publicado una ordenanza de buen gobierno para perfeccionar el aseo de la ciudad. Se prohibía lanzar basuras a la calle, ropas inmundas o contagiosas, animales muertos, bajo pena de 2 pesos. Se prohibía tender ropa, lavar en batea, hacer fuego o cocinar, pues las calzadas debían ser "francas". No se debía correr a caballo por la vereda y los enlosados, tampoco atar las cabalgaduras en las esquinas, y el artesano ya no podía, como hasta entonces lo acostumbraba, sacar su profesión en plena calle. Se empeñaba la autoridad en acabar aquella familiaridad con la vía pública heredada de España, pintoresca sin duda, llena de color local, pero no desprovista de inconvenientes para el vecindario.

La misma ordenanza se preocupaba de reglamentar la iluminación de las calles en las noches "que no eran de luna", según el calendario, en las que, por cierto, no se prendían velones ni faroles. Las casas y cuartos debían "iluminar" con faroles desde las 6 y media hasta las 11 de la noche en invierno, y desde las 8 hasta las 12 en verano. Los conventos y monasterios estaban obligados a colocar un

farol en la mitad de la calle de atravieso, generalmente formada por el largo murallón de su huerto.

Pasadas las horas reglamentarias, toda luz desaparecía, reinaban las tinieblas.

Zapiola nos cuenta que en 1829, cierta noche, después de un sarao, como se encontrara en una casa de la calle de Santo Domingo, en el momento de retirarse, se asomó a la calle, sin divisar luz alguna. En ese mismo momento se marchaban unas quince personas amenazadas de no poder volver a sus casas por la lluvia que caía. Envalentonáronse, y se lanzaron por medio de la calle, tan obscura que sólo se reconocía la travesía de las bocacalles por el viento Norte que soplaba. Iban gritando "¡sereno!", sin que al llamado se presentase alguno.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

NUEVOS NOMBRES A LAS CALLES POR ORDENANZA

Un decreto del intendente don Francisco de la Lastra, fechado el 26 de enero de 1825, refrendado por el inspector general de ambas policías, don Juan Francisco de Zegers, ordenaba el cambio del nombre de todas las calles por los de las batallas de la guerra de la Independencia. Daba como patriótico motivo del cambio: "que persuadido de que no hay americano que no suspire a ver borrado hasta el último vestigio que recuerde la dominación española en este continente, ha resuelto que se muden los nombres que llevan las plazas y calles de esta capital, sustituyéndolos otros más gloriosos y que fijen en la memoria de nuestros descendientes aquellas acciones célebres a que la América debe su libertad". Así, las calles de la Moneda Vieja y de los Huérfanos, que juntas llevan aún este último nombre, debían llamarse de San Carlos; la del Chirimoyo y de las Agustinas, que hoy día unidas llevan el nombre de Agustinas, debía ser del Roble la parte superior de la calle, y "Yerbas Buenas" la parte baja. La calle de la Merced, con su continuación de Compañía, sería "del Membrillar"; por fin, las de Puente, de Ahumada, de Santo Domingo, de San Pablo, de Teatinos, y del Peumo, que es hoy de Amunátegui, respectivamente, llevarían

los nombres de: Ayacucho, Chacabuco, Curalí, Montevideo y Carabobo.

La Cañada tampoco escapaba al mandato del patriótico y grandilocuente intendente, y perdiendo su denominación contemporánea de la ciudad, pasaba a llamarse, apodo que sola conservó de todas las recién bautizadas, la Alameda de las Delicias, nombre inspirado, tal vez, de aquel de los "Champs Elysées" de París.

LA MODA Y LAS MUJERES

Los extranjeros no tienen sino una voz para alabar la distinción, las buenas maneras, el trato agradable y de buena compañía de la sociedad de este país del "nuevo extremo", que pensaban estaría sumido en la barbarie, o por lo menos muy alejado de las costumbres de rigor entre las sociedades cultivadas de los países de alta civilización de Europa.

Es muy distinto lo que encuentran entre las familias que ellos frecuentan. Los hombres visten bien, especialmente los "young beaux", como los llama Haigh, es decir, la juventud dorada.

Al afirmarse la independencia de España, las modas también se habían modificado radicalmente. Así, dice Zapiola, el armador se llamó chaleco, frac el volante, y el capotón o capote se transformó en "citóyen". Los militares argentinos, imitando a los veteranos de la Vieja Guardia de Napoleón, habían introducido la moda de los aros entre los varones.

Este mismo traje evolucionado se modificó muy pronto, adquiriendo las líneas modernas del atavío masculino, menos vistoso, pero más práctico. En 1824, Peter Schmidtmeyer escribía que el sastre inglés de Santiago (Stuart y Irvine) cobraba la modesta suma de

12 libras por una chaqueta de corte inglés del mejor paño de las manufacturas británicas.

En cuanto a las damas, como buenas chilenas de entonces y de siempre, aficionadas a las galas provenientes de París y al último giro de la moda de ultramar, ellas habían, por supuesto, abandonado el complicado traje y la basquiña que las distinguía en el siglo anterior. El traje que llevaban por los años de 1820, según nuestros visitantes de entonces, era muy parecido al de las señoras inglesas, salvo un detalle: nunca usaban sombrero, sino el rebozo del manto o del chal, con el cual se cubrían la cabeza en la calle y en el templo, y que las envolvía, rebozo que no abandonaban sino en el momento de bailar. Parecían tener un honesto orgullo —apunta un viajero— en lucir su hermosa cabellera, siempre bien trenzada y adornada, aun entre las más pobres. "Vistas de cerca —aseguraba otro—, no desmerecen las mujeres de la impresión que producen de lejos", y que califica de "encanto lleno de gracia" (graceful comeliness).

Atentas y alegres, saben recibir y agradar al extranjero de paso sin timidez exagerada. Aficionadas a la música, mucho más que lo que lo son sus nietas, nuestras contemporáneas, lo son también al baile, a cuya pasión se entregan con entusiasmo.

Asegura Schmidtmeyer que eran verdaderas náyades en cuanto a su afición por el baño, cosa meritoria y extraña en un tiempo en que generalmente no la profesaba el bello sexo en la misma Europa, menos recatada, y que a fuer de eximias jinetes en caballos nerviosos, muchas eran excelentes nadadoras. Al no asegurarlo aquel testigo, sería de desconfiar del testimonio, que sin duda no pudo haber sido ocular.

Felizmente, no han adoptado las damas "el horrible gorro de lencería tan de moda en Inglaterra", y prefieren ostentar una linda peineta de carey, a veces de complicado dibujo, encima de su pelo artísticamente arremangado. Por desgracia, a poco andar, no faltó quien adoptara el monstruoso "bonnet", y sus apéndices, pues la moda nunca incomoda.

Para la iglesia, sin embargo, usaban siempre el traje negro y la mantilla castellana de velo o de blondas, y hasta las más pobres guardaban preciosamente algún andrajo con ese objeto.

Con la moda nueva se introdujo el lujo de los chales de raso o de terciopelo francés que se habían sustituído a los antiguos rebozos de lana; las crinolinas de rica seda, a la simple saya de antaño, como el pianoforte había reemplazado a la piana y a la guitarra, y los canapés y sofás de forma moderna, a los severos estrados y austeras bancas en los salones de buena sociedad. Pocos años después se podía ver en las fiestas del 18, la Condesa Toro, con riquísimo vestido cubierto de más de 100.000 pesos de joyas, dice una viajera, sentada en la famosa "tapissière" que había pertenecido al rey Luis Felipe de Francia, de a cuatro caballos, otros tantos lacayos, cochero y postillón.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

MUJERES DEL AÑO 20

En cuanto a la mujer chilena en sí, Lafond de Lucy, de acuerdo con la reputación de galantería de sus compatriotas, supo estampar en su relato un entusiasta panegírico de la niña de Chile en la persona de la señorita Luisa Iñiguez, que parece haber distinguido especialmente y considerado como el prototipo de sus contemporáneas santiaguinas. "Agradable —dice—, buena, velando con la mayor solicitud sobre los niños de su hermana señora de Mira, no se la podía ver sin estimarla. De figura encantadora, talle esbelto y elegante, maneras de gracioso abandono, había recibido la mejor educación, hasta el punto de seguir, por imposición de su padre, los mismos estudios de su hermano, el cual se preparaba a la carrera del foro. Sabía latín y lo enseñaba a su hermano menor".

¡Y no falta gente, mal informada por los historiadores apasionados del pasado siglo, que arguya de la ignorancia de nuestras abuelas! ¡Aquéllos no han leído las cartas encantadoras que esas supuestas ignorantes eran capaces de escribir, con qué corrección y con qué ingenio!

En ninguna casa podía faltar como libro de cabecera "El Año Cristiano", verdadera enciclopedia en 18 volúmenes, de cultura

y de liturgia católicas, que se leía día a día durante el año, y se volvía a leer, año tras año, a medida que se iba desarrollando el ciclo de la vida religiosa.

Esas "beatitas", lectoras asiduas de tal obra, en todo caso no eran ignorantes. En cuanto a las primas de aquel modelo de perfección que pinta Lafond de Lucy: doña Pilar y doña Rosa Iñiguez, que se destinaban al claustro, no por eso demostraban gasmoñería o modales afectados, y por remate de fiesta, eran hermosísimas.

Durante su estada en Santiago, Mary Graham gozó de una situación privilegiada para el estudio de la vida privada de una familia de distinción, que describe acertadamente, así como sus costumbres, que se complace en detallar.

El día siguiente de su llegada a casa de la familia Cotapos, le sirven desayuno a la inglesa en su pieza, es decir: té con huevos, pan y mantequilla. La familia no come nada a esa hora, pero algunos de sus miembros, sin embargo, toman una taza de chocolate o un mate.

Al salir a la misa cotidiana, envueltas en la mantilla negra, la señora Graham encuentra a las muchachas diez veces más bonitas bajo el atavío criollo que cuando las ve vestidas a la usanza francesa. Desde luego, la simpática Mary Graham es una admiradora sincera de la belleza femenina chilena. Dice que nunca ha visto tantas mujeres bonitas reunidas en un solo día. De talle mediano, bien hechas, caminan bien, lucen bonito pelo y preciosos ojos, mas lamenta que muchas de esas deliciosas criaturas tengan voz dura y ronca, y que algunas muestran en el cuello aquella hinchazón que revela el bocio, lo que llaman vulgarmente "coto".

UNA VISITA

Mary Graham nos ofrece la descripción encantadora de una visita que hiciera a doña Mercedes Rosales, esposa de Del Solar.

Muy bonita y culta, conoce los autores franceses, por haberlos leído, pues habla la lengua de Molière a la perfección.

Encuentra a doña Mercedes sentada en su dormitorio, que solía servirle de salón de recibo, rodeada de sus hijos y de sus preciosas sobrinas.

Encima de una mesa francesa se veía un trabajo de aguja inconcluso al lado de un libro, y delante de ella un brasero de carbones bien encendidos. Nunca se le había presentado un cuadro de belleza y de elegancia más perfecto. El brasero era de plata maciza, bien labrado y colocado en un marco de madera tallada. La cama era de estilo francés y majestuosa; el pianoforte abierto y la guitarra indicaban los gustos de la dueña de casa.

Bellas flores en ricas porcelanas, un reloj francés, el zahumador, en el cual se iba quemando un suave perfume, todo iluminado por una amplia ventana, formaba un conjunto que —dice Mary Graham— hubiese querido diseñar en el papel, ¡y cuánto es de

deplorar que no lo haya hecho! "No hubiese querido —declara— cambiar la "pelisse" púrpura de la madre, que hacía valer su blanca y fina garganta, o las miradas pálidas del pequeño Vicente —el futuro Vicente Pérez Rosales, que todos conocen por sus interesantísimos "Recuerdos del Pasado"—, por todas las invenciones de los pintores que deforman nuestros interiores."

LA TAZA DE TE

Basta una revolución para acabar con tradiciones y prácticas que parecían arraigadas para siempre en el alma de un pueblo, y que, sin embargo, se van sin dejar rastros ante el soplo de la novedad.

Muchas fueron entonces las familias de viejo cuño que se preciaban de seguir las modas inglesas, y se juntaban a saborear el té, novedad que terminó con el uso de la yerba del Paraguay. En los avisos de "El Araucano" ya se ofrece por aquellos años: "té fresco imperial y perla de la última cosecha de Cantón" en la tienda del francés Juan Poppart, calle de Ahumada.

Sin embargo, se conservó entre la gente de menos copete la práctica del mate en leche en las tardes de otoño, que se tomaba en cierta casa famosa por esa especialidad en las faldas del cerro Santa Lucía.

Es de admirar con los viajeros el refinamiento de la vida señorial existente a la sazón en Chile. Al considerar imparcialmente las condiciones del diario vivir en la época colonial, cuyo atraso y pobreza han sido tan exagerados, se comprueba que el estado de adelanto

y de cultura de que gozaba nuestra sociedad no era sino la evolución natural del legado de los siglos anteriores.

Existía, por cierto, una cultura muy grande, tal vez mayor que la actual, y que se reflejaba en las buenas maneras que tanto extrañaban a los viajeros. Aquella señora americana, que ya hemos mencionado, escribía que "los chilenos eran tan corteses que nunca entraban a un coche público sin una cortesía a sus ocupantes. Nunca se sentaban o se levantaban de la "table d'hôte" de alguna fonda, sin un saludo amable, y compara —la señora se demuestra poco indulgente con sus compatriotas— las maneras de los americanos del Norte que "don't care for any body", es decir que no se molestan por nadie.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

PASEANDO POR LAS TIENDAS

El comercio se encontraba casi en su totalidad concentrado en la Plaza y en las calles que le eran inmediatas, y que aun hoy día constituyen "el centro".

El paseo de las señoras a las tiendas por la mañana era de rigor. Mary Graham, madrugadora, pudo asistir así a la apertura de los negocios y baratillos bajo las arcadas de los portales. Era bonito espectáculo —dice Mrs. Graham—, y como ella pensaba que debía serlo, con los candiles encendidos y las lámparas que alumbraban las mercaderías ahí expuestas. En ese paseo matutinal, las damas se ven especialmente agraciadas, y si la Plaza es hermosa de día, lo es mucho más a la bella luz que esparcen los escasos faroles y las velas de sebo, ya que se distinguían menos los defectos. Gustaba de la especial poesía de las madrugadas y de la hora crepuscular en que, dice, la sombra de los techos de tejas que sobresalen a la calle impide que se note su soledad.

Se maravilla nuestra informadora de los precios bajísimos de las vituallas, que por su baratura atraen a muchos extranjeros a establecerse en este país de Cocaña. Así, las papas no valen sino 1 peso la fanega de 12 almudes; las cebollas, medio real el ciento; el pan

de 2 y 2½ libras, y de la mejor clase, solamente medio real; 3 pesos el quintal de carne de buey, y un real la docena de huevos frescos del día. Es cierto que un buey gordo no costaba sino de 15 a 18 pesos, 2 una oveja y de 15 a 20 un caballo.

Por aquellos años se conoció, gracias a la llegada del elemento europeo, una completa renovación del comercio, hasta entonces únicamente criollo y español. Por la supresión de las barreras que impedían todo intercambio con las naciones de Europa y Norteamérica, se pudieron establecer industrias nuevas.

Esa transformación se refleja curiosamente en los avisos comerciales que publican los diarios. Es el retratista francés Henri Gavier, establecido en 1838 en la calle de las Monjitas, "3 cuadras y media de la plaza, para arriba, en casa de doña Mica Errázuriz"; es la fábrica de muebles "frente al costado de la Merced, a precios cómodos"; es un piano flamante que se ofrece en venta de ocasión; es la relojería Hesse, el sastre Freedrics, el litógrafo Lebas.

Junto a éstos, se leen también avisos muy criollos, como ser: el que ofrece "mosto de Concepción en la esquina del Turco del monasterio de las monjas Agustinas, a dos cuadras para el poniente, a real la botella"; y también "café, cacao, canela fina, chancaca de Pacamayo, bombillas para mate y . . . trampas para lauchas".

En la Sala de Esgrima, que se inaugurará a media cuadra de la capilla de Salguedo, es decir, en Huérfanos esquina de la calle de las Claras, don Beltrán Le Fort enseñará el manejo del florete. "La hora de asistencia será de las oraciones para adelante, y el estipendio, lo más moderado posible."

La tienda de De Putrón —era bien visto tener tienda aún entre la gente de abolengo, como ha vuelto a serlo últimamente por la tristeza de los tiempos actuales—, esa tienda de un caballero de campanillas, en la calle de Huérfanos, ofrecía en venta, por 1834, productos varios que la sencillez de la era anterior ignoraba: salmón, sardinas frescas, vino de Madeira, de Tenerife, de Sauterne, Burdeos en barril, licor en conserva, mostaza francesa, vino de Champaña auténtico, oporto, jerez, ron de la Martinica, coñac, sillas de montar inglesas, juegos de ajedrez y de chaquete, aceite de Florencia,

velas de esperma inglesas y damajuanas vacías. Todo, menos los "chuicos", era importado de su país de origen.

Por esos mismos años de progreso industrial, se concedía a don Andrés Blest privilegio para fabricar ron; a don Ramón Riesco, para una máquina de lavar oro; a don Juan Pellé, para la fabricación de papel y molino para trigo; a don Domingo Bordes, para la fabricación de las velas de estearina, que estaban llamadas a destronar a las de sebo; por fin, a don José A. Lamartine, por la fabricación de gas hidrógeno, que iba a terminar con todas las velas, fueran de sebo o de estearina, y, a la vez, con las tinieblas de nuestras calles. La simple lectura de estos avisos indica la evolución de las costumbres que entonces se iniciaba y debía culminar en la segunda mitad del siglo.

POR LOS PASEOS

El paseo de moda apreciado entre todos es el del Tajamar, a orillas de la larga muralla de ladrillo construída para servir de atalaya, frente a la amenaza del río sin agua, que a veces inundaba la ciudad. El paseo tenía lugar encima del estrecho parapeto, entre dos hileras de álamos de Lombardía, con sus acequias al pie y sus dos fuentes circulares, entre las cuales se colocaban en largas hileras los cabriolés con malos caballos, y en general en mal estado, aunque, según Schmidtmeyer, estaban impregnados de cierta gentileza y distinción que se apreciaba muy pronto, como si fueran los mejores carruajes de Europa.

Era, como se ha dicho, el paseo más frecuentado por la buena sociedad en las tardes de verano y de otoño, y donde a las damas les gustaba pasear una media hora para ver y ser vistas, mientras en las vecinas ramadas o "chinganas", palabra que Lafond de Lucy traduce en "guinguettes", reinaba el baile popular, que uno de los viajeros ingleses compara, sin duda con poca exactitud, al "scotch reel" de su país natal.

Afirman todos que nunca se ha notado, en tantas veces que han frecuentado el paseo, falta alguna contra las buenas costumbres entre

los asistentes, lo que —lo dicen ellos— sin duda no pasaría en los países de Europa.

En general, todos concuerdan en esa buena opinión de la sociedad y del pueblo de Chile, fuera de "ciertas exhibiciones ofensivas" que suelen desarrollarse en plena calle, a pesar de las ordenanzas de policía que exigían más recato. Todos alaban el agrado de ese paseo vespertino a orillas del río, o mejor dicho, de su pedregoso lecho. Era costumbre que en las tardes de verano concurriese el Presidente, acompañado de sus ministros, en busca del aire fresco que baja de la cordillera vecina, y para oír la música militar que deleitaba los oídos del público con las melodías de Donizetti.

Ruschemberger se torna lírico al describir el panorama que contempla desde el Tajamar "cuando al ponerse el sol, el resplandor crepuscular tiñe de rojo a las nieves eternas de las montañas y los cielos comienzan a obscurecerse, a medida que se acerca la noche. El espectáculo que se presenta entonces a la vista es tan grandioso que faltan palabras con qué describirlo".

Después del paseo, al atardecer, se volvían, los unos en carruajes, los demás a pie, por la calle de las Monjitas, cuyos habitantes, de lo mejor de la sociedad de Santiago, estaban sentados cerca de las ventanas abiertas, o a la puerta de calle, mirando los que pasaban y conversando con sus amistades al pasar. Con la sencillez de la época, que tanto facilitaba los intercambios sociales, se convidaba a cenar o a un sarao que se improvisaba entre la gente joven, y al cual se invitaba al extranjero de distinción, que en seguida podía frecuentar la casa cuantas veces quería.

En 1840, encima de la muralla del Tajamar, tuvo lugar un lance en que intervino el comandante de Húsares don Pedro Soto Aguilar, jefe de la escolta del Presidente, tal vez el mejor jinete de Chile, en su caballo el "Tórtola". Por el color de su pelo así lo llamaban, era de la famosa cría de los Martínez Jara de Paine, y le había sido dado por don Lorenzo Jara, el cual, según contaban, había tenido el honor de pasear por los bulevares de París, con su dueño caballero en él a la chilena: "en una montaña de bien recortados pellones, lazo al pehual y chifles al costado, pretal de plata al pecho, y calzado de bien tejido

cuero, rodaja de fierro a los tobillos y estribos de tamaño de una catedral".

Compitió Soto Aguilar, montado en el citado caballo de húsar de la escolta. El adversario era un griego anónimo, pero valiente como se pudo ver.

La carrera debía tener lugar encima del muro, cuya anchura no pasaba de 1.30 m. La distancia por recorrer era de dos cuadras, alternativa, es decir, un jinete en pos del otro, ya que dos no cabían de frente, sentados los jinetes en sus caballos en la meta, y haciéndolos girar sobre marcha hacia el punto de arranque.

La apuesta era un almuerzo en el Café de Hevia, en la Plaza de Armas, donde hoy se levanta el Palacio Arquiepiscopal, y entonces la modesta casona ruinosa del obispo. El caballo del griego era de pura raza chilena, de aquellos bridones que se llamaban "pajareros", de la cría de Cuevas o quilamutanos, cuyos cascos habían sido endurecidos al pastoreo en el lecho del Cachapoal. El griego cayó con su cabalgadura al lecho del río, felizmente sin gran daño, fuera del susto consiguiente, de una altura de dos metros, mientras el "Tórtola", sujetado sobre sus patas traseras, dejaba en su recorrido un reguero de fuego, y quedó vuelto hacia su punto de partida, como eran los términos de la apuesta; por lo menos, así lo expresa don Benjamín Vicuña, casi en sus propios términos y tal como él mismo lo había oído narrar a un testigo presencial.

EL CERRO Y LA CAÑADA

El cerro de Santa Lucía era aún el peñón desnudo con los dos terraplenes de la Batería Marcó y del Fuerte Hidalgo, y fuera de los muchachos que ahí se entregaban a sus juegos o a la cimarra, no era frecuentado como paseo. Sin embargo, costumbre que aun persiste, desde la plataforma del Fuerte Hidalgo, sobre la calle de la Merced, se disparaba a medio día un cañón, considerado como muy ingenioso por el lente de vidrio que encendía el fulminante bajo la acción del sol, lo que resultaba en verano regularmente, no así en invierno al faltar el astro del día.

Los días nublados, con el fin de reemplazar al sol y que no quedara mudo el cañón, salía a las doce en punto de una relojería, que por ello se denominaba "El Cañonazo", un empleado que, agitando un pañuelo, indicaba que era tiempo de disparar.

Con el Tajamar, y a distintas horas, el paseo más frecuentado era la Cañada, o más oficialmente la calle o Alameda de las Delicias, cuyo romántico nombre, ya secular, se modificó por decreto en "Avenida Bernardo O'Higgins", y por ley de febrero de 1944 en "Alameda Bernardo O'Higgins", porque en nuestro país, contrariamente a lo que se usa en las grandes naciones civilizadas de Europa,

respetuosas de su pasado, existe la manía de cambiarlo todo, aun lo más respetable.

Había sido trazada por orden de O'Higgins, sobre la vieja base de la Cañada, que ya hemos encontrado a lo largo de estas páginas, en el cauce seco donde solía pasearse el Mapocho en los tiempos primitivos, dejando en su centro una hondonada o pequeña quebrada, con lecho de guijarros, que cruzaban algunos puentes de ladrillos a la sombra de los sauces llorones.

La nueva avenida formaba un agradable paseo entre elevados álamos, dividida en tres anchas calles, a cuyo pie corrían las acequias. La adornaban elegantes óvalos y ojos de agua, en los cuales lloraba el surtidor, y se alineaban cómodos asientos de piedra.

Según Rodríguez Ballesteros, estos adornos "la hacían armoniosa y bella, sin faltarle un lucido alumbrado de faroles en las noches obscuras, siendo innumerable la concurrencia de carruajes y de gente de a pie, los días festivos en casi todo el verano y en las noches de luna que son hermosas en esa estación". En esas noches bañadas de la luz azul del astro no se prendían los faroles por economía municipal.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

EL PASEO DE LA TARDE

En los tiempos recién salidos de la era colonial, que tratamos de describir, se sabía gozar de la dulzura del vivir, apacible y sencillo, pero tanto más intenso que el que nos permite nuestra vida trepidante, siempre frenética, apremiada por la escasez del tiempo. En las tardes se acostumbraba ir a la Cañada a oír la música de la guarnición que tocaba su mejor repertorio; bandas militares solían recorrer la ciudad y se notaba una extraordinaria afición por el arte melodioso de la ninfa Euterpe.

La parte masculina de la población, fuera de la botica de Barrios, donde acostumbraba reunirse un grupo de amigos de la charla, no tenía otra distracción que los cafés con sus salas de truco o de billar, la cancha de gallos y las carreras a la chilena. En los cafés se sentaban los clientes alrededor de las mesas, a oír los cantos satíricos de actualidad sobre tonadas populares. Hubo un tiempo en que la favorita del público era la "Monona", canción que exigía diariamente, y cuyo tema, muy contrario a la religión y al clero, hizo que el alcalde mandase a la Casa de Corrección a la artista que la cantaba, de donde, detalle sabroso, no tardó en salir, gracias al cacique araucano Venancio, de paso por Santiago, prendado de su belleza y de su voz.

CABALGATAS

Mary Graham nos describe otra clase de paseos que era muy del gusto de la gente joven: las partidas de a caballo a las chacras y quintas del vecindario, en medio de la algazara y alegría que le son propias.

Se solía ir de paseo a la quinta del canónigo Herrera, al poniente de la ciudad por la Alameda, donde se gozaba de buena hospitalidad y delicioso jardín. Muchas eran las familias que disponían de fincas en las inmediaciones de la ciudad, como la Quinta Alegre, donde se levanta hoy el Seminario Conciliar, y que había sido el título condal de la familia de Alcalde.

En esas partidas ecuestres, las damas usaban sillas inglesas, y ostentaban "spencers" de color y largas faldas blancas, con gorras cerradas, adornadas de flores. Otras lucían pequeños "opera-hats" adornados de plumas y aun vestidos de seda, por cierto inapropiados. Solas, Mary Graham y su empleada británica, llevaban sobria indumentaria, según la usanza de Inglaterra. La comparsa, decía Mrs. Graham, parecía cabalgata de fantasía carnavalesca, pero confiesa que Mariquita Cotapos, toda de rojo y blanco, con su bonete tan

sentador de colmenero; Rosario, con su "spencer" marrón, sombrero de paja fina y rosas "no tan alegres como sus mejillas", agrega la dama inglesa, y el joven José Antonio con su poncho azul turquesa, bordado de flores de color encendido, se veían, los tres, muy a su ventaja. Era, sin duda, un conjunto vistoso, si no deportivo como se diría ahora.

PATIOS FLORIDOS

El gusto por las flores era general. Jardines pequeños o grandes y árboles frutales ocupaban los patios de todas las casas. No faltaban en ellos algún pino de rueda o de Alepo, limones y naranjos, las inevitables camelias blancas o rojas, rosas fragantes en macetas, floripondios y diamelos, cuyo perfume mezclado, en las horas calientes alcanzaba hasta la calle. Los patios de la gente principal, de "first rate" —decía Haigh—, estaban adornados de fuentes de mármol, y la vegetación era siempre floreciente, pues apenas se dejaba sentir el invierno en nuestro "delicioso país".

VERANEOS

Mas si poco se sentía el invierno, el calor del verano en el Santiago de la primera mitad del siglo, que rodeaban aún grandes extensiones de terrenos de secano, que no debían sino más tarde recibir la bendición del riego, hacía huir de la ciudad a las familias más favorecidas por la fortuna. Se iba a San Bernardo y a Peñaflor, lugares preferidos por los veraneantes, a causa de su cercanía de Santiago. Ahí, por 1840, las familias más conocidas de la capital estaban reducidas a vivir bajo ranchos de paja que arrendaban a los inquilinos de los fundos vecinos.

La posada, nos dice César Valdés en sus "Recuerdos de Otros Tiempos", era un gran edificio con aspecto de bodega, con una fila de pequeños cuartos sin mueble alguno, que daban a un espacioso corral donde se soltaban los caballos. Los peleros junto con las enjalmas y monturas servían de almohadas y colchón a los muchachos de la juventud más dorada —tiempos sencillos aquéllos—, los pellones de cobertor y los estribos de vaso.

Para avisar a la concurrencia que se aproximaba la hora de la danza, se disparaban tres voladores y se tocaba una campana. Las niñas y sus familias venían caminando de a pie, a veces desde lejos, por el

polvo del camino, las madres con la alfombrita de misa bordada de flores, destinada a servir de asiento en el galpón transformado en salón de baile, sobre los poyos destinados otrora para paradero a los gallos de pelea. De los horcones de la sala colgaban una docena de faroles de lata, llamados "chambecos", con velones de sebo.

La orquesta se componía de un pianoforte antiquísimo y desentonado y del rabel del ciego Morales, por mal nombre "Guachalomo".

A las 8 alguien gritaba "¡refalosa!", danza que las parejas bailaban sobre los guijarros del pavimento. Seguían la "cueca" y la "sajuriana", danzas de moda muy criollas y desprovistas de exotismo.

El profesor de baile era un Monsieur Gélinet, viejo bailarín francés octogenario que, con su "pochette" o violín de bolsillo que raspaba ya en el siglo anterior, acompañaba los bailes. A causa de su violín diminuto, la juventud risueña llamaba a Monsieur Gélinet: Musiú Violiné. Se ensayaban las contradanzas francesas del tiempo de Luis XVI, que ya no servían, porque sólo se bailaban en sociedad la cuadrilla americana y sus figuras: el pantalón, la gallina, la pastoral y la sansimoniana.

¡Cuántos matrimonios, que fueron en seguida felices, se concertaron en Santiago habiendo tenido como punto de partida el galpón de los gallos de Peñaflor, entre una "sajuriana" y una "alemanda" de Musiú Violiné!

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

HOTELES, FONDAS Y CAFES

Al juzgar por la pintura que nos han dejado los contemporáneos, los hoteles que existían en Santiago no eran mucho mejores que los alojamientos de fortuna del veraneo. Así el Hotel Inglés, fundado en 1817, con el nombre de "Fonda de la Bola de Oro", título que le había conservado el vulgo. La dueña era inglesa, joven, pero fea, porque, dice don Benjamín Vicuña, amigo de chancear, las inglesas bonitas, o las roban o se casan. Se llamaba Mistress Walker, o más corrientemente: "la Madama Guaca". Le sucedió en el mando un irlandés original y de nariz "color de vino de Borgoña", el cual, llamado Míster Milligan, antiguo tenedor de libros y fabricante de aquellas inmensas peinetas de carey que hicieron furor por los años 30 tanto en Santiago cuanto en Buenos Aires, entre las mujeres elegantes, pasaba envuelto en una capa de piel de león con botones de madreperla. Se le veía sentado a toda hora en la sala de los trucos, fumando cigarrillo tras cigarrillo y mirando a los jugadores de billar.

La fonda se levantaba en el costado Oriente de la Plaza, entre Monjitas y Merced, en aquel lienzo de edificios de aspecto mezquino que debía reemplazar el Portal Mac-Clure. Ahí la ubicaban John

Miers, Mary Graham y otros que frecuentaron el hotel. Tal vez más tarde se trasladara ahí donde lo coloca Vicuña Mackenna, que no lo conoció sino por tradición, en la calle de las Monjitas, colindando con el famoso Café de la Baranda, escenario de las famosas "Petorquinas", virtuosas en vihuelas y zamacuecas.

Los viajeros emiten todos una opinión bastante desfavorable de la mejor fonda de la capital de Chile. Los dormitorios eran pequeños y sombríos a la vez que desaseados. Por suerte, el público era menos exigente y apegado al "confort" que el de hoy día. Los clientes acostumbrados del Hotel Inglés eran un grupo de jóvenes de la más alta sociedad, quienes acudían todas las tardes con el fin de jugar al billar, entre la hora de la comida y el sarao en alguna casa del vecindario. Varios estaban recién llegados de París, donde habían seguido los cursos de la escuela de Silvela, trayendo por todo bagaje espiritual o literario opiniones antirreligiosas que estimaban avanzadas.

William Ruschemberger, a pesar de protestante, se demuestra escandalizado con las modas exageradas y las conversaciones de aquellos "petits-maîtres" que escuchaba alrededor de sí en la sala de los billares, ridiculizando cuanto podían las costumbres de su patria y al clero, y haciendo alarde de sus opiniones ateas o solamente deístas.

Alrededor de la "table-d'hôte" se reunía un grupo disparatado y pintoresco. Lo formaban un pintor que se dedicaba a retratar a las niñas de buena sociedad; un inglés lánguido que pasaba el día entero jugando a los dados; un escocés de ojos azules y gorro de terciopelo, y otro británico más que proclamaba que nunca había dado con más execrables bribones que aquellos oficiales del ejército chileno, que se negaban a cancelarle una cuenta cuya tercera parte, es cierto, "era más de lo que él tenía derecho a cobrar".

Había también cierto secretario de Legación, mexicano, silencioso y huraño, el cual al sentarse se dedicaba a limpiar cuidadosamente, con su pañuelo de fino cambray, cuchillo y cuchara, lo que, ante las risas y bromas de sus vecinos, le obligó a abandonar la fonda. Agrega Ruschemberger que no hubiera sido posible encontrar en parte

alguna del universo hotel más asqueroso, ni posadero más flojo, ni conjunto semejante de huéspedes. Ese autor prefirió trasladarse de la mentada "English Inn" a un café vecino de la catedral, donde decía se comía tan bien como en Londres en el "Verrey's", ¡el mejor restaurante de Regent's Street a la sazón!

EN EL TEATRO

Se podría casi decir que el teatro fué una de las conquistas de la libertad traída por la independencia, si bien es cierto que algo se tratara de establecer, en cuanto a sala de teatro, con poco o ningún resultado, desde antes.

Según John Miers, siempre poco benévolo en cuanto a lo que a Chile se refiere, el teatro por los años 20 ocupaba una miserable construcción de madera en la calle de la Compañía, frente a la Aduana, pero interiormente bastante bien acomodada y presentada. Los trajes eran correctos, y aun de cierto valor. La concurrencia se demostraba culta y ordenada, mas, por desgracia, era permitido fumar en los entreactos.

Soldados de alto morrión, fusil al brazo, estaban repartidos en la sala para el mantenimiento del orden, que, desde luego, nadie turbaba.

Como aquel viajero que se escandalizaba de lo que oía de sus compañeros del Hotel Inglés, otro protestante, Haigh, se admiraba que se autorizara la representación de farsas tan groseras y licenciosas, en las cuales se atacaba continuamente al clero. A ese propósito, Zapiola relata que estando por aquellos días el Delegado Apostólico Monseñor Muzzi en Santiago, donde había venido a restablecer las relacio-

nes de Chile con la Santa Sede, la compañía teatral del actor argentino Morante, conocido por sus opiniones contrarias al catolicismo, fué hasta representar una ofensiva comedia-bufa: "El Falso Nuncio de Portugal", en la que se ridiculizaba al representante del Papa.

El actor se presentaba vestido de traje cardenalicio, repartiendo burlescamente bendiciones. Para no omitir detalle, como al Nuncio Muzzi le faltara un ojo, el cómico aparecía tuerto en el proscenio.

En la pequeña escena del teatro santiaguino se representó "Otelo", de Shakespeare, pero con un solo parecido, dice el cronista, la cara negra del protagonista, a lo que hay que agregar el desvanecimiento de Desdémona.

Bajo el nombre pretencioso de Coliseo, el teatro era muy concurrido, especialmente los domingos y miércoles. La entrada era por una puerta baja, frente a la iglesia de la Compañía y al lado del Consulado.

Una noche, Mary Graham arrendó un palco en compañía de algunos amigos. El aspecto general, según escribe, le hizo recordar ciertos teatros de la provincia inglesa. Sin embargo, agrega, el conjunto interior de la sala no era despreciable: ¡había visto peor en París! La sala era larga, las decoraciones excelentes, solamente el proscenio era deficiente. En la verde cortina que lo disimulaba a los ojos del público durante los entreactos, se podía leer la famosa sentencia debida al ingenio de don Bernardo de Vera y Pintado: "Aquí es el espejo de la virtud y vicio. Miraos en él y pronunciad el juicio".

Aquella noche el Director Supremo de la República tenía su palco reservado a mano derecha de la sala, tapizado de seda de los colores nacionales, con franja de oro. Al frente, el Cabildo Municipal disponía del suyo, tapizado en la misma forma. Al entrar a la sala don Bernardo O'Higgins, Mary Graham fué, dice, la única en la asistencia que, como buena inglesa respetuosa de las autoridades constituídas, se levantara de su asiento, e hiciera una venia como correspondía al Primer Mandatario de la nación.

Se representaba una tragedia: "El Rey Nino Segundo", y los actores declamaban su papel como lección aprendida de memoria.

Otro inglés recalca el aspecto muy británico —"at a considerable degree english"— de la concurrencia. Admira el aspecto de las

damas de ademán señoril y de buena figura, así como de excelentes maneras, que ocupaban los palcos. Alaba su buena complexión, su peinado de buen gusto, haciéndolas rubias y otras castañas. En la galería se divisaban las "tapadas", la cabeza cubierta de un chal para evitar ser reconocidas, sea por no haber conseguido alquilar un palco, sea por razón de luto o para evitar vestirse para la representación. Otro viajero, algo ditirámbico, comparaba al pobre Coliseo de la calle de la Compañía, por la elegancia de los concurrentes, al "Covent Garden", de Londres, lo que evidentemente parece exagerado.

La ordenanza de teatros firmada por el Presidente don Joaquín Prieto y su Ministro Tocornal, publicada en el Boletín de Leyes de 1832, proporciona algunos detalles que ilustran curiosamente el régimen y costumbre teatrales de entonces. Debían asistir a cada función dos comisarios, a las órdenes del jefe de policía, nombrado por la Municipalidad. Tenían por atribución dirimir las disputas que pudieren ocurrir entre los espectadores en cuanto a palcos y asientos, como también las que estallaren entre los actores o empleados del teatro, y ordenar la expulsión de los contraventores, o de los que faltasen a la decencia.

El espectáculo debía empezar a las 8 y media, de octubre a abril, y a las 7 y media, de abril a octubre. Nunca debía pasar de la media noche. La comisión calificadora de las piezas que podían representarse estaba entonces constituída por don Juan Egaña, don Agustín Vial Santelices y don Andrés Bello; comisión de lujo, por cierto. Se daba "El Cid", de Corneille, traducida del francés; "Lord Davenant, o la consecuencia de un momento de error", y "Treinta años de la vida de un jugador". Cuando representaba la celebrada señora Samaniego, por ejemplo, el papel de Elvira en "El Duque de Pentiebre", la dirección del teatro se excusaba de verse obligada a subir los precios ordinarios, de 1 peso por palco de temporada, a 1.40 por función, la luneta de un real por función, y la entrada general a 3 reales.

Solamente en 1858 pudo el teatro trasladarse al local que le cedía la Universidad, donde anteriormente estuviera la antigua Univesidad de San Felipe, insistiendo que lo hacía con el solo fin que ahí se estableciera el teatro, en el mismo sitio donde, varias veces reconstruído, sigue levantándose el Teatro Municipal.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

SARAOS

Entre las costumbres típicas de una época mucho más sencilla en la búsqueda de los placeres permitidos, y sin comparación más hospitalaria que la nuestra, están los saraos, pequeños bailes o tertulias de confianza, que ocupan un puesto muy privilegiado en los relatos de antaño.

Saraos solían también llamarse los bailes de importancia, como aquellos que ofreciera el comodoro de la escuadra inglesa al general San Martín, en los albores de nuestra independencia; aquel de la San Napoleón, 15 de agosto de 1824, que con tantos y tan pintorescos detalles relata Lafond de Lucy; o también aquel baile, tan recordado, en que el Presidente Prieto celebraba el triunfo de los ejércitos de Chile en el Palacio de Gobierno, el año de 1834; sin olvidar aquel sarao más familiar en que las niñas Cotapos, las amigas de Mrs. Graham, bailaron en su honor un "cuando", el baile de moda, en compañía de su hermano José Antonio, jóvenes que eran para la buena señora inglesa, agradecida, un dechado de perfecciones que no se cansaba de admirar. El "cuando" que ella describe le parece "una pelea de amor con reconciliación final". El arte del bailarín consistía en mantener el busto erguido, golpeando con ligereza el suelo en for-

ma de zapateado, mientras se cantaba con acompañamiento de guitarra.

"Anda, ingrata, que algún día
Con las mudanzas del tiempo
Llorarás como yo lloro,
Sentirás como yo siento,
¡Cuando, cuando, cuando, mi vida, cuando!"

Alexander Caldcleugh, que visitaba a Santiago por 1822, describe largamente los saraos y sus encantos, y el no menor de la vuelta a casa, por las calles solitarias, a la luz de los escasos faroles o del astro de las noches, cuando tocaba luna.

Como las distancias son cortas, explica, al llegar la hora de la retirada, se forman grupos que caminan delante, mientras la "gente de misa" queda atrás. Estos grupos se detienen mientras la familia golpea la puerta, y se despiden, hasta que uno por uno hayan tomado el camino del hogar.

Como las noches son tan agradables, dice, nadie se apresura en regresar. ¡Placeres sencillos de antaño, que poseían tal encanto que, muchos años después, aquellos extranjeros, regresados a sus lejanas patrias, seguían recordándolos con nostalgia y los consignaban en sus relatos de viaje!

LA COMIDA

Es éste un capítulo de la vida diaria que poseía una especial importancia, en aquellos años de vida barata, entre los miembros del sexo bello, pero débil.

Al juzgar por lo que de ello sabemos, se comía mucho y bien. Lo hemos nosotros mismos alcanzado a comprobar hasta no hace muchos años, época en que queriéndolo o no, por la fuerza de las cosas, por el encarecimiento de los alimentos y por el severo dictamen de la Facultad de Medicina, se ha producido una saludable transformación en forma de una restricción casi tan completa como una abstinencia.

La tan socorrida cronista de la vida íntima de la hospitalaria casa de Cotapos lamenta que en ella, según una norma muy generalizada, el comedor no exista, para decirlo así, pero sirva en su reemplazo una pieza muy obscura y muy poco apropiada, donde la mesa se encuentra arrinconada, en forma que las sillas solamente puedan arrimarse por un solo costado y en una punta, como si se quisiera absorber los alimentos en la forma más secreta posible, y como escondiéndose. Para completar esta suposición, se mandan cerrar a las horas de comida las pesadas puertas claveteadas de bronce que dan

a la calle. Es, sin duda, dice Mrs. Graham, "un recuerdo de los israelitas o de los moros de la península hispánica, que disimulaban sus actos ante los godos perseguidores".

Sin embargo, no debe de extrañar demasiado esta costumbre, cuando se sabe que en el magnífico palacio de Versalles, residencia del más suntuoso de los soberanos del pasado, jamás existió una sala especial dedicada a comedor. Se comía un día aquí, otro día allá, sin regla alguna.

A título de buen francés, amigo del bien comer, Gabriel Lafond de Lucy, que ya tantas veces hemos mencionado, nos enumera con complacencia la larga lista de platos que componían una comida ordinaria, y que eran los siguientes: una sopa; la olla podrida o puchero; "plato de uso universal en todo país de habla española" —explica Lafond—. En seguida: las carnes y verduras surtidas, no pudiendo faltar los garbanzos, recuerdo de la comida española, ave y pescado frito. Las entradas habían sido: aceitunas, rábanos, atún con mantequilla y queso de Chanco.

Con este menú no se moría nadie de hambre, pero sí de indigestión o de cólico miserere. Para evitar ambas dolencias, un gran vaso de agua sellaba la terminación de la comida, seguido del rezo de las "gracias", lo mismo que al principiar la función se decía, manos juntas, el "Benedicite Dominus".

"Gracias al clima y al aire fresco de la cordillera, agrega, los estómagos en Santiago funcionan admirablemente." Pero, ¡qué desgracia —suspira nuestro "gourmet"— que se emplee la grasa de buey en la confección de los guisos hasta el punto de quedar pegada en los labios!

Se desconocían las servilletas, pues un señor de apellido Cobo, que tenía la costumbre de usar como tal la punta del mantel que colocaba en el ojal de su chaqueta, y que sentía verdadero terror por los temblores, creyendo cierta noche oír el ruido precursor de una sacudida sísmica, se levantó de su asiento con espanto, arrastrando tras sí al patio vecino todo lo que se encontraba encima de la mesa: guisos, botellas, cubiertos y lo demás.

DESPUES DEL CUERPO, EL ALMA

Por lo menos en este orden tendrá que presentarse necesariamente en estas páginas el capítulo que no podemos menos que consagrar al espíritu religioso de nuestros abuelos de principios del siglo pasado y a sus exteriorizaciones en la vía y la vida públicas.

El espíritu religioso en la época que nos ocupa era aún intenso en todas las clases de la sociedad chilena, a pesar de algunas excepciones de que ya hemos tratado. Entre los pipiolos o liberales existía un espíritu, si no antirreligioso, por lo menos desfavorable al clero, tendencia que culminó con el gobierno del general don Ramón Freire, el cual, desde luego, castigaba con pena de cárcel al que no se hincase de rodillas al paso por las calles del Santo Viático llevado a los enfermos, pero que no titubeaba en confiscar los bienes conventuales, medida que, sin embargo, no se pudo aplicar.

El catolicismo era la religión del Estado, con exclusión de cualquiera otra. Se veía cada año al Presidente luciendo la banda presidencial y el bastón de empuñadura de oro, y rapacejos del mismo metal, rodeado de todos sus Secretarios de Estado en traje de

ceremonia, seguir la procesión del Señor de Mayo u otra que fuese de regla.

Los extranjeros asistían a estos despliegues de fe sin comprenderlos. Consideraban como unos fanáticos a los penitentes de ropilla negra, y encapuchados con el puntudo "cucurucho" que disimulaba su identidad, y que en Semana Santa salían de la capilla de la Soledad, en la Alameda, sede de su cofradía, a pedir por las calles "por el Santo Entierro de Cristo y la Soledad de la Virgen", es decir, para los gastos de las ceremonias de la Santa Semana. Ellos no podían apreciar, ni tampoco comprender, el espíritu de sacrificio y de humildad que solía encerrar este disfraz que borraba toda diferencia de casta o de fortuna.

A su salida de la Casa de Ejercicios, donde habían seguido una corrida de retiro espiritual, no era raro ver a los ejercitantes arrodillarse en plena calle pidiendo perdón a quienes habían faltado o dañado en su reputación o en sus bienes, acto de humildad cristiana que esos extranjeros interpretaban torcidamente, porque era inútil —según su modo de pensar—: ya que la sangre de Cristo basta para redimir todos los pecados.

Mary Graham, espíritu selecto y comprensivo, sin embargo, al ver pasar un coche de color verde adornado de "glorias" y de "espíritus santos", y viendo en el fondo a un hombre vestido de raso blanco, frente a otro agitando una campanilla, en la misma forma, dice, que lo hacen en Londres las tardes de invierno los vendedores de "muffins", mientras otros acompañaban velas en mano, preguntó lo que esto significaba, y alguien contestó que "era Taita Dios", lo que ella traduce en "Padre Eterno", expresión que suena mal a oídos protestantes, dice ella.

Ya, sin embargo, iba disminuyendo el respeto a las cosas de la religión, reflejo de una fe que iba a su vez mermando, pues Lafond de Lucy, católico fervoroso, nota que anteriormente, al pasar el Santísimo, se apresuraban los transeúntes en ponerse de rodillas, y que ya solamente se descubrían y se contentaban con detenerse.

Por tal razón, sin duda, el gobierno del general Freire se creyó obligado a lanzar, como ya se dijo, un decreto el año 1823, aplican-

do por primera vez la pena de arresto por 24 horas al que no se arrodillase, hasta perderlo de vista, ante el Santísimo llevado en forma de viático. A los infractores, por reincidencia, se aplicaba la pena de reclusión desde un mes hasta seis.

A pesar de esa nota discordante, el presbítero Sallusti, de la comitiva del Delegado Apostólico Muzzi, nos pinta al pueblo, en la Plaza de Armas, arrodillado entre las cestas del mercado, en el momento de tocar la campana de la catedral, anunciando la elevación de la hostia en la misa mayor.

"Este acto de piedad, apunta el secretario, efectuado por todos, apenas se oye la campana, es verdaderamente admirable, y yo, que desde mi ventana (del Palacio Directorial, el Correo actual), lo contemplaba cada día, quedaba siempre conmovido en extremo."

A las oraciones, a medio día y a la puesta del sol, las personas piadosas se detenían en la calle y se persignaban.

Haigh, Miers y Mary Graham nos han dejado descripciones interesantes del interior de los conventos que solían frecuentar. Hallan en San Francisco un convento hermoso plantado de palmas seculares, pero, sin duda, Haigh se deja llevar por su imaginación nutrida de leyendas y de las narraciones de Sir Walter Scott, cuando asegura que al pie de la cruz que se levanta en el centro del claustro "se suelen ver hacinamientos de calaveras humanas".

...TECA NACIONAL
SECCION CHILENA

GOBIERNO, POLICIA Y JUSTICIA

Es interesante seguir paso a paso la marcha creadora de las ramas de la administración pública en la nueva república, o simplemente de su vida de nación. Y, sin embargo, Chile no cuenta aún sino con 1.010.266 habitantes, según el censo oficial de 1835, repartidos entre los departamentos de Coquimbo, Santiago y Concepción, que sólo existían, y las tres gobernaciones de Valdivia, Talcahuano y Valparaíso.

El censo de Santiago en la misma fecha le atribuía 67.777 habitantes entre los 8 cuarteles y distritos de la ciudad, los cuales bien podían ser en 1850 unos 90.000 según Gilliss. El coronel Ballesteros proporciona más o menos las mismas cifras, agregando que entre ellos se contaban 300 zambos, mestizos y negros y... 350 mendigos.

Optimista, un calculador de la época profetizaba que en 1940 Chile tendría exactamente una población que no podría bajar de 12 millones de habitantes por su aumento normal, en lo que se equivocó el calculador, ya que habiendo pasado esa fecha no alcanzamos ni a la mitad.

En cuanto a la seguridad pública, hubo que crearlo todo, por

decirlo así, ya que era muy descuidada antes de la creación del Cuerpo de Vigilantes destinados, por decreto de 8 de junio de 1830, a velar en el día sobre: 1.°, la decencia pública en las calles y prevención de crímenes; 2.°, la aprehensión de delincuentes in fraganti; 3.°, todas las disposiciones de policía de aseo, comodidad y buen orden. Debían impedir toda reunión de personas que usaran gritos sediciosos o palabras obscenas, o en que se traten de golpear, insultar o hacer burla de alguien, o exigir alguna limosna. Deben velar a que no se arrojen piedras, lodo "o se despida cohetes o botafuegos, rayar paredes", etc. Al grito de "¡favor a la ley!" del vigilante, todos los ciudadanos debían prestarle apoyo bajo severas penas.

Los vigilantes abandonaban el servicio tres cuartos de hora después de "oraciones tañidas", debiendo cada uno dejar iluminado su respectivo distrito, y entraban en campaña los serenos. Tres cuartos de hora antes de salir el sol, los vigilantes relevaban, a su vez, a los serenos.

Un curioso decreto de 4 de febrero de 1841, firmado por el Presidente Prieto y su Ministro don Manuel Montt, reglamentaba el servicio de la "Serenía", es decir, del benemérito Cuerpo de Serenos, como el de 1830 había reglamentado la "Vigilancia". Su objeto era velar de noche a la conservación del orden, tranquilidad pública y seguridad de las personas y de la propiedad.

Se componía a esa fecha la Serenía de un comandante, de 13 oficiales y cabos, de 140 serenos y 10 supernumerarios. El comandante disfrutaba de un sueldo de $ 1.500 al año. El simple sereno de a pie recibía solamente $ 120. El sereno llevaba sable, pistola, sombrero de hule y capa de bayetón, todos útiles que debía devolver en el cuartel al retirarse cada madrugada.

La obligación del sereno era recorrer incesantemente el barrio o manzana que le estaba asignada, y prestar auxilio a los vecinos en caso de incendio e inundaciones, comprobar si en todas las casas habían colocado los faroles de ordenanza, ejecutar los pedidos que recibieran de los vecinos, como ser: llamar confesor, médico, comadre, o comprar medicamentos para algún caso de enfermedad. Entraban en sus atribuciones impedir todo acto contrario a la moral, detener a todo individuo sospechoso, dar aviso a toda casa cuya puerta

hubiese quedado abierta, y servir de guía al que lo pidiese, es decir, todas las atribuciones y obligaciones que aun conservan los serenos en las ciudades de España, donde se ha mantenido la tradición, y en muchas partes, como Salamanca y Avila, hasta su evocador grito de ave nocturna, que ha desaparecido con los mismos serenos en Chile. Para el mantenimiento de los serenos, cada edificio pagaba dos pesos; las chinganas y canchas de bolas, 8 reales, y los baratillos, dos. Era "la contribución de sereno".

La justicia era expeditiva por aquel tiempo. A ese propósito, don Enrique Matta ha relatado "un juicio rápido en 1820", que por tratarse de Santiago recordamos aquí.

En la madrugada del 12 de marzo de 1820, el sereno encargado de las tiendas de la calle Ahumada se percató de que la puerta de la tienda del comerciante inglés George Perkins se encontraba entornada. Penetró en la casa y encontró forzado y abierto el arcón destinado a los fondos, las mercaderías en gran desorden, y en la trastienda, el cadáver del dueño de casa. Se apresuró el guarda en darle cuenta al Juez de Alta Policía, don Juan Agustín Jofré, el cual encargó la pesquisa del delito al alcalde del crimen: don Salvador de la Cavareda.

El sirviente del occiso, Rafael Bravo, había desaparecido.

Al comprobar su ausencia, Cavareda ordenó que piquetes de serenos montados salieran por todos los caminos en su busca, y antes de mediodía Bravo y sus dos cómplices eran aprehendidos bebiendo cerca del Zanjón de la Aguada.

La misma tarde del 12 de marzo, los reos estaban confesos y convictos del crimen cometido por ellos, y al día siguiente, antes de las 24 horas de su aprehensión, estaban los tres culpables condenados a muerte, a pena ordinaria de horca. El mismo día también, habiendo sido llevado el expediente en consulta a la Cámara de Justicia, la sentencia fué en el acto aprobada por el tribunal, condenados los tres malhechores a ser ejecutados en el término de las cuatro horas siguientes, pasados por las armas, y en seguida, sus cadáveres colgados, por una hora, a la horca patibularia, sus cabezas cortadas y colocadas en la picota para escarmiento popular, una en el basural, otra

a la entrada del camino de Santiago al Puerto, y, por fin, la tercera a la salida de la ciudad hacia el Maipo.

En la tarde del día 13, es decir, el día siguiente del crimen, la pena se encontraba ejecutada en conformidad a la sentencia rendida.

Con razón decía un periódico: "en ningún país del mundo se habrá visto que unos reos sean aprehendidos a las pocas horas de haberse fugado, su causa juzgada y sentenciada legalmente en el término de las veinticuatro horas, y que "en el momento de recibir la desgraciada víctima los honores fúnebres, hayan salido al suplicio sus asesinos aun más desdichados".

IMPRESIONES DE UN ASTRONOMO
(1850)

* * * *

LA COMISION ASTRONOMICA DEL SANTA LUCIA

Del año 1849 al 1852 residió en la cumbre del cerro Santa Lucía una comisión astronómica de los Estados Unidos de América, a la cual pertenecía el teniente de navío J. M. Gilliss, a título de Superintendente.

Gilliss nos ha dejado en dos volúmenes un relato muy interesante tanto de la parte científica como de la vida social y demás costumbres de la ciudad de Santiago, que contemplaba desde su observatorio, con un espíritu asaz crítico, pero, generalmente, justo y exactamente interpretado bajo su aspecto más típico y pintoresco. A Gilliss hay que recurrir para adquirir una visión justa de lo que era la capital de Chile al terminar la primera mitad de la centuria inicial de Chile independiente.

Desde su observatorio, dice que el ojo contempla la ciudad entera con sus ángulos rectos, sus casas bajas y de tejas de estilo rústico, aunque no del todo desprovistas de pretensiones arquitectónicas.

Allá se ve una ancha avenida con álamos; riachuelos bullangueros de agua de nieve la atraviesan. Una plaza sin sombra que exhibe una fuente de mármol en su centro; otras más chicas y sin verdura; un modesto puente de arquería cerca de otro más modesto; un fuerte muro con paseo en terraza; una multitud de iglesias sin gracia y de torrecillas de conventos, es todo lo que se ve digno de atención.

MADRUGADA.

Cada mañana llega una turba de peones del campo con canastos y cestas conteniendo aves, fruta y verdura. Los panaderos y los lecheros, con grandes árguenas de cada lado de la mula o de la yegua, o gruesos tarros lecheros de estaño, hacen su temprana entrada a la ciudad. Los aguadores llevan el agua a las casas desde las turbias fuentes. Se oye todo el día, por la soledad de las calles, el grito de: "¡tero!" del aguador. Dos barriles de diez a doce galones forman la carga de una mula, entre los cuales se sienta el hombre. Los barriles tenían un agujero por donde se vaciaba el agua sin desarmar la carga. A veces alguno se soltaba y perdía el equilibrio en medio de la algazara de los muchachos.

Se solía decir que el bocio no era conocido antes de que se reuniera parte del agua del Maipo con la del Mapocho por medio del canal San Carlos; otros pretendían que había venido de Mendoza junto con los primeros álamos. Se extrañaba Gilliss que gozando de tanta facilidad para el reparto del agua no se distribuyera aún por medio de cañones de fierro.

Se ven hombres sentados en carretas llenas de pasto verde, que forran hasta las narices las monturas de carga. Carretas y arreos de

mulas vienen del Puerto. Centenares de voces suben hasta el tranquilo retiro de los astrónomos del cerro.

En la tarde, con la puesta del sol, las calles vuelven a ser concurridas, y en la media luz ésas donde se encuentran las tiendas se repletan de gente, "a la hora en que la montaña pasa del oro al vermellón y al morado, y por fin al púrpura, para terminar en una gloria de rayos".

Largas corridas de faroles anuncian el trazado de las calles, así como también los puentes, y los reflejos de la plaza indican que los comerciantes del portal iluminan sus mercaderías. Tanto las voces como el rumor lejano de los carruajes anuncian que hay afluencia.

Más tarde, dice Gilliss, el cual sabe mirar con ojo de poeta, después que en el convento vecino han tocado la media noche, estando la luna alta en el cielo, reina nuevamente el silencio que turban apenas el silbato y el grito lóbrego de los serenos.

FUROR DE EDIFICACION

Por 1850 reina un verdadero furor de construcciones. Tres inmensos edificios se iban levantando de tierra al mismo tiempo en diferentes sitios de la plaza, de modo que cuando las carretas llegaban de Valparaíso, temprano por la mañana, era poco menos que imposible atravesarla en medio de los materiales acumulados.

Gilliss tiene para nosotros el mérito de proporcionarnos detalles que otros han callado, tanto de la vida social cuanto de las instituciones y aspectos que nos hacen fácilmente revivir la ciudad en esa época de prosperidad general.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

EL GRITO DEL SERENO

De la policía, que ya hemos encontrado en un capítulo anterior, nos dice nuestro informador que hay, por lo menos, un vigilante en cada encrucijada. Por desgracia, son poco limpios, y suelen verse por pequeños grupos a la sombra de un almacén de menestras, o de un bodegón, charlando con el dueño o con algún cliente. Lanzan con demasiada frecuencia su grito anunciando la hora, cada cuarto de hora, y, en realidad, cada cinco minutos, grito que parece "carga de caballería", según un diario de la época. Le molestaba, después de haber estado trabajando todo el día, oír bajo sus ventanas: "¡las doce han dado y sereno!" Algunos seguían con una canción, a veces inconveniente, hasta que llegara el otro grito.

Pocos años después se alargó el plazo a media hora, y, por fin, a cada hora, concluyendo por caer en desuso.

LADRONES

El robo, sin embargo, era frecuente, y los ladrones pasaban de una casa a otra por el albañal de las acequias interiores.

Es difícil conseguir sirvientes que sean buenos y honrados. Una nueva iniciativa del Intendente había aumentado la inseguridad, y después de esa malhadada ordenanza, el sereno, envuelto en su poncho de Castilla, se sentaba, y a menudo se dormía.

Muchas, veces, al volver de noche de su observatorio, había tenido que despertar al de su calle con la luz de su farol. Los policiales adolecían del defecto de ser demasiado jóvenes y atolondrados.

CIFRAS

Gilliss calculaba para Santiago, en 1852, una población de 80 mil habitantes, y aun de 90 mil, si se comparaba el plano de la ciudad tal como era en 1830 con el de 1852. No ha visto 20 negros en todo el tiempo que ha estado en Santiago.

En cuanto a la colonia americana, era muy poco numerosa, y no estaba formada sino por el Ministro, el Secretario, cada uno con veinte años de residencia en Chile, y por unos doce mecánicos contratados para los ferrocarriles, recién inaugurados.

CASAS DE ANTAÑO

Eran numerosas las casas aun existentes entre los años 1850 y 1860 que podían remontarse a los siglos XVII y XVIII.

Entre las más típicas que conservaran aquel estilo que solían llamar morisco, y que no era sino español pobre, con balcones copiados de los de Lima, "que daban a las calles un carácter de misterio oriental", estaba la de don José Antonio Rojas, que recordaba actividades de la época revolucionaria, en la plazuela del Teatro, y que fué en seguida de don Federico Errázuriz; y en la esquina Norponiente de la calle Ahumada con Huérfanos, la del corregidor don Valeriano de Ahumada, héroe de la guerra de Arauco. Esta casa solariega, que había pertenecido a quien desde el año 1580 daba su nombre a la calle que aun lo lleva, fué adquirida en 1867 para la construcción del Banco de Matte y Mesías, que ahí se levantó.

La casona era de altillo y bajos, con visos árabes y balcones como petacas. Era, según se decía, de las pocas que no habían caído con el terremoto de mayo de 1647.

Mencionemos también la casa de don Antonio Boza, que había sido la primera en poseer una mampara vidriada, con balconería

baja y ricos balaustros de jacarandá, de forma salomónica, traídos especialmente del Brasil para aquel rico comerciante canario.

Las "casas de nicho" que aun existían en la tercera cuadra de la calle Compañía y en Catedral esquina de Morandé, esta última propiedad en el pasado del famoso comerciante español don Nicolás de Chopitea, llevaban esa designación por tener bajo su mojinete un nicho que cobijaba la imagen del santo tutelar, en lugar de la piedra con el escudo de armas familiar, que los muchachos habían arrastrado por las calles y destruído por toda la ciudad al triunfar la revolución.

TEATROS NUEVOS

El teatro ocupaba el sitio de la antigua Universidad, a unas dos cuadras del pie del Cerro, con una superficie de un cuarto de cuadra. Era de apariencia muy sencilla, frente a una plazuela mucho más reducida que la actual.

Otra parte del edificio estaba reservada a la Cámara de Representantes de la nación, a sus empleados y oficinas; y convivía a más este conjunto como podía con la Escuela de Pintura.

El teatro estaba en el patio, y las puertas de una a otra de estas instituciones distaban apenas veinte pies.

La sala era oblonga, con una extremidad semicircular frente al proscenio, lo que impedía a muchos oír y ver. El piso de las tres filas de palcos era sin inclinación, y sin el ménor asiento, fuera del que cada uno pudiera traer consigo.

Existía una sala más adecuada en la calle del Puente, pero, instalada encima de una acequia, los hedores que ésta despedía hacían que poco se frecuentara y solamente por los circos y juglares de paso.

Un tercer teatro había sido creado en 1850, del lado Sur de la Cañada, y dedicado a compañías populares que solían atraer gente

de la mejor clase. El pueblo de Santiago no era, sin embargo, muy aficionado al teatro, y salvo en las fiestas patrias, el teatro de la Universidad vieja se veía raras veces lleno.

El sencillo teatro de la plazuela de la Compañía, tan celebrado por los viajeros de los primeros años del siglo, no se mencionaba entonces, de modo que es probable hubiese desaparecido ya.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

PORTAL

Ya conocemos la opinión de otros extranjeros sobre el Portal de Sierra Bella y su comercio, frecuentado en 1850 por multitudes, si le prestamos fe a Gilliss, el cual lo califica de edificio inelegante en sus tiendas bajas. La parte alta estaba dedicada al alojamiento de los dueños de los almacenes.

Aquellas tiendas, muy pequeñas, en las cuales apenas cabía un hombre, y los baratillos que rodeaban los pilares exteriores eran muy apetecidos por el pequeño comercio. A pesar de la estrechez del paseo, presentaba aquel portal un aspecto muy interesante y alegre cuando las señoras estaban de compra en la tarde y a la luz de las velas.

Por consejo del arquitecto francés Brunet-Debaines, al servicio del Gobierno, el Presidente Bulnes, en consideración al gran interés existente por el arriendo de los locales del portal, adquirió más o menos la tercera parte de la cuadra adjunta, demolió las viejas casas que ahí existían y levantó el actual pasaje, que llevó entonces el nombre de Pasaje Bulnes, y es hoy el de Pasaje Matte, bajo arcadas cubiertas de vidrio y con puertas a las cuatro calles vecinas, como los pasajes de París. La obra costó entonces no menos de medio millón de pesos.

Señal inequívoca de la prosperidad por la cual atravesaba nuestro país, un edificio semejante se estaba levantando en el lado oriental de la plaza, el futuro Portal Mac-Clure, que, a pesar del mejor estilo de su arquitectura, no era, según decían los contemporáneos, superior al Portal Bulnes.

LA CARCEL

Al frente, plaza por medio, donde siempre había convivido con el Cabildo, y en seguida, con la Municipalidad, estaba la Cárcel. En ella vivían, en 1850, las siguientes categorías de presos que nos parece curioso mencionar: ladrones de ganado, 94; otros ladrones, 100; por desertores, 72; homicidas y asesinos, 33; por ataques y heridas, 21; por hacer monedas falsas, 5; por bigamia, 3; por rapto, 3; por vagancia, etc., 15.

Los ebrios eran, supongo, llevados a algún otro asilo, ya que no están comprendidos en esta estadística, y, por supuesto, no eran pocos.

Los encarcelados salían, una de las noches de Semana Santa, a pedir limosna por las calles, sacudiendo sus grillos y vigilados por centinelas armados. Mientras la multitud de los fieles cumplía con la devoción de las Estaciones, yendo de templo en templo, y por las calles donde todo tránsito de carruajes estaba suspendido por ordenanza, ellos solicitaban "¡un mediocito, por amor de Dios!".

UNA EJECUCION

Nuestro astrónomo nos relata detalladamente una ejecución a pena capital que él presenció el 22 de agosto de 1851, y que mencionamos aquí como un espectáculo típico que refleja bien un modo de ser y una época, en parangón con el "juicio rápido" de 1820, que ya hemos recordado.

Se ha aglomerado una poblada frente a la Cárcel. Algo está pasando. Efectivamente, se va a ejecutar públicamente a un asesino.

Este miserable, el Viernes Santo del año anterior, y pocos días después de haber sido liberado de un encarcelamiento por 10 años, había penetrado con otros individuos de la misma calaña a un bodegón donde se expendía chicha y otros licores. Su dueño era un hermano de la Cofradía del Santo Sepulcro, vulgarmente llamado de los "cucuruchos", el cual había sido golpeado varias veces por los asesinos, quedando sin vida.

El asesino fué aprehendido y condenado a ser llevado al lugar de la ejecución en una rastra de ramas tiradas por bueyes, pero los oficiales encargados de la ejecución de la sentencia, para que no fuese tan penosa para el culpable, no lo colocaron sobre la rastra sino en los últimos trescientos metros. Una cruz alta presidía el cortejo, y el

estandarte de los Hermanos del Santo Sepulcro, entre cuyos fines estaba la obligación de acompañar a los penados al lugar de su ejecución. Muchos frailes acompañaban al cortejo rezando las oraciones de los difuntos. Una línea de soldados armados de rifles rodeaba al condenado, que acompañaban dos religiosos sentados en la rastra al lado del condenado.

El batallón de la Guardia Cívica formaba un cuadro con el objeto de alejar a los curiosos. El condenado iba vestido con el blanco hábito de los mercedarios, librea que le fué sacada antes de la ejecución.

La turba era inmensa, pero no había entre ella un sólo representante de la clase cultivada, lo que era, al decir de nuestro testigo, digno de aplauso.

La ejecución de la sentencia tuvo, por fin, lugar en el lecho seco del Mapocho, siempre para darle más publicidad a la pena. El asesino fué entonces sentado en una silla asida a un poste, y después que cayó bajo las balas del pelotón de ejecución, todos los presentes murmuraron una oración para el descanso del alma del muerto. Mas, fallaron dos veces los tiradores, los que tuvieron que repetir su disparo. Espantosa barbarie y carnicería, recalca severamente Gilliss, que un público norteamericano, sin duda, no hubiese soportado.

Detalle edificante: un religioso predicó inmediatamente una homilía tirando del hecho que se había presenciado una moraleja para la edificación y escarmiento de los asistentes. El cuerpo quedó ahí expuesto más de cuatro horas. En la noche, gente del pueblo colocó varias candelas alrededor del sitio del fusilamiento, y cada transeúnte, descubriéndose piadosamente, rezaba un Ave por el alma del difunto.

Costumbres primitivas y llenas de sencillez eran éstas, sin duda, pero también, ¡de cuánta fe y caridad cristianas!

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

RELACIONES SOCIALES

Por muy superintendente que fuese de la expedición naval y astronómica de los Estados Unidos de América en el hemisferio Sur, y tal vez por ello mismo, no dejaba de ser aficionado a la vida social, que describe con pintoresca exactitud en su libro, que no creemos haya sido traducido a la lengua castellana: "Gilliss's Expedition to the Southern Hemisphere".

Era costumbre que el extranjero de nota recibiese tarjetas de bienvenida aun de señoras de la alta sociedad, o del marido y de la esposa juntos, lo que indicaba que deseaban trabar relaciones de amistad con el recién llegado. La hora dedicada a las visitas era de dos a cuatro y media, especialmente los domingos. Cada uno se preparaba a hacerlas o a recibirlas, y aunque fuese para trasladarse a partes muy cercanas se sacaba al coche, que dormitaba en un rincón de la cochera del tercer patio todo el resto de la semana.

En las horas frescas de la tarde la señora santiaguina acostumbraba caminar a pie por el centro comercial efectuando sus compras, pero los domingos era elegante presentarse en su calesa, y para ello se solicitaba a veces el cochero del vecino.

Las visitas de ceremonia se hacían "a la oración", y las de inti-

midad, de nueve a diez de la noche, según la estación. En este último caso, se trataba de un "sarao" o tertulia que duraba hasta la media noche.

Como las ventanas del salón daban siempre al patio de entrada, una luz prendida en un quinqué indicaba al huésped que la señora estaba en casa y recibía. En la logia de entrada, bajo la bóveda, vivía un sirviente; pero, dice Gilliss, "era más un guarda del castillo que no un Mercurio", y nadie se preocupaba de él. A menos que fuese en invierno, generalmente, la puerta del salón se encontraba abierta. No era costumbre golpear, y se entraba a saludar a la dueña de casa sentada cerca de la mesa de centro o en el sofá. Sólo "los gringos" y los sirvientes llegaban golpeando la puerta.

Fuera invierno o verano, se encontraba a las mujeres envueltas en chales, por muy elegantes que fuesen sus trajes, de modo que no se veían el busto ni los brazos.

En el caso que la señora no deseara recibir y que la lámpara estuviera apagada, no por eso se demudaba el amigo visitante, y sin excusarse ni llamar a los sirvientes, ya que las campanillas eran desconocidas, tranquilamente encendía la lámpara. A las diez llegaban los "habitués", y se servía el té, que había completamente destronado al mate. Por la sencillez de la acogida, el extranjero se acostumbraba muy pronto a ocupar su asiento alrededor de la mesa. Desde luego, la conversación era agradable, y muchas eran las niñas que hablaban francés en la clase superior, lo que hacía indispensable el conocimiento de esa lengua.

La afición a la música entre las mujeres era muy general, como ya se ha podido ver anteriormente; pero se preferían las melodías de Verdi, que, a pesar de "sus efusiones cómicas, desprovistas de alma", —dice nuestro cronista—, llenaban el teatro cada noche, mientras la música de Bellini —"Norma", "La Sonámbula", "Los Puritanos" o "El Pirata"— no era tan apreciada. ¡Qué molesto es —dice— estar sentado al lado de un nidal de señoras que ocupan los palcos arrendados por toda la estación, que lo pasan riendo y hablando mientras la Pantanelli, la gran cantante en boga, está en la mitad de "Casta Diva", o de otra inspiración genial del maestro!

Volviendo a las reuniones nocturnas, agrega Gilliss que el ma-

rido brillaba generalmente por su ausencia, y solamente llegaba después de alguna reunión de amigos, en que se había jugado lotería o a la malilla a medio real la partida, y en que se había discutido mucha política. Pocas veces se le veía en las reuniones de su esposa, pero le gustaba que estuvieran muy concurridas.

Como se fumaba en todas partes, menos en la iglesia, nunca faltaba braserito de plata con carbones encendidos para los fumadores, y chiquillos recorrían los tres paseos de la ciudad ofreciendo fuego a los paseantes por un "mediocito". Después del año 1864, en que se fundara, los maridos solían frecuentar el Club de la Unión, que había sido establecido gracias a las influencias y a la generosidad de los magnates enriquecidos en Chañarcillo. Sus salas quedaban abiertas desde las diez de la mañana hasta la una de la madrugada, y se jugaba póker francés, rocambor a 0,10 el tanto, la malilla de compañía, la guerra y la veintiuna, cuyas apuestas no podían pasar de 20 centavos.

Asegura nuestro informante que era muy raro que se insultara a una mujer en la calle, y es muy mortificante —dice— "reconocer que los anglosajones han sido los más famosos en ese sentido".

LAS CAMARAS

De las sesiones parlamentarias proporciona nuestro ermitaño del Santa Lucía detalles curiosos. Los diputados se reunían, como se ha visto, en una sala de la vetusta y suprimida Universidad de San Felipe, al lado del teatro de entonces, y en el sitio del Teatro Municipal de hoy. La sala de sesiones medía sesenta pies de largo por treinta de ancho. Su techo era muy alto, con tres o cuatro pequeñas ventanas, y una puerta a cada extremidad. Las paredes estaban cubiertas de papel pintado, adornado de medallones. Atrás, encima de una plataforma, se encontraba la mesa del Presidente, al que acompañaban sus secretarios y los ministros de Estado, cuando asistían. Por todo adorno, tres lámparas de cristal tallado colgaban del techo, y un tapiz de terciopelo encarnado disimulaba la muralla detrás del asiento presidencial. Frente a la mesa se sentaban los diputados, y atrás estaba el sitio reservado al público.

Los diputados escribían o tomaban notas apoyados en sus bastones o en los sombreros de copa. En la sala, adornada con gusto y sencillez, las sesiones se desarrollaban con dignidad, sin que hubiese despliegue alguno de elocuencia o esas discusiones animadas que suelen oírse en una asamblea anglosajona de la misma índole. Hay

apenas más agitación que la que suele existir en una reunión de "quakers", aunque no faltan gritos de "viva" o de "muera" de parte de la barra de la asamblea.

En cuanto al Senado, esta ilustre corporación sesionaba en una sala del viejo Consulado, en la plazuela de la Compañía, cuya sala central estaba alumbrada por medio de una bonita vidriera. Las reuniones se celebraban de noche, siempre que no lloviera. En una de esas sesiones se pudo oír a algún senador oponerse a los ferrocarriles, "porque este nuevo medio de locomoción iba a arruinar a los birlocheros".

Por tratarse de un extranjero, no podía faltar la nota hotelera, siempre severa, y probablemente justa, relacionada con el único hotel que pudiese pretender a ese nombre en nuestra ciudad, aunque no se pudiera, por supuesto, pretender a comodidades ignoradas en toda América del Sur. Era natural, dice nuestro yanqui, que la carencia de viajeros no hubiese creado aún la necesidad de un "Astor House", de un "Mirwart's" o de un "Hotel des Princes".

Su última frase merece ser recordada aquí: "Tal es la vida en Chile —dice—, apacible, monótona, sin que se piense en lo futuro o en el bien de la Humanidad, sin apasionamiento tampoco, a menos de una guerra civil o del apasionamiento de las mesas de juego que enciende los horribles sentimientos de la naturaleza humana".

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

* * * *

ARQUITECTURA SANTIAGUINA

Don Benjamín Vicuña Mackenna, siempre jocoso y original en su modo de apreciar las cosas, dice de la arquitectura santiaguina en 1856, que pertenece "al orden de los mojinetes", y agrega: "Una puerta de calle, dos ventanas, una puerta cochera, otro zaguán, un palo de bandera, un mojinete más arriba, después un alero, un balcón en forma de parrilla, el poste de la esquina, olor a bodegón, vuelta a la calle atravesada: dos paredes corridas, las lajas de la acequia, olor a otra cosa . . ., he aquí la arquitectura de Santiago".

Por dentro —continuaba diciendo el mismo hombre de progreso que debía más tarde transformar la ciudad— es "un museo de embelecos, todos muy bonitos, chiches franceses y chinescos . . ."

Monsieur Claude Brunet-Debaines, arquitecto nacido en París en 1788, venido a Chile en 1850, fundó la Escuela de Arquitectura, y fué, en realidad, el introductor del arte en la edificación santiaguina. A él se debe el Pasaje Bulnes, que es hoy Matte; el Portal Mac-Clure; la casa de don Domingo Fernández Concha, en la Alameda; el antiguo Club de la Unión, también en la Cañada, entre Ahumada y Bandera; en Huérfanos esquina de Bandera también la casa de don Rafael Larraín Moxó, y la de don Melchor Concha, en Huérfanos esquina de San Antonio, que es un verdadero hotel noble del barrio Saint-Germain de París. El terreno de esta última mansión

había pertenecido al mayorazgo de la Cerda, y lo compró el señor Concha en 1850, en la suma de 60 mil pesos, costando su edificación otros 120.000. El distinguido arquitecto en cuestión debía morir a los pocos años, dejando el recuerdo de haber sido uno de los mejores que hayan dejado rastro en nuestro país.

VIVACETA

Fermín Vivaceta debía ser su sucesor. De muy modesto origen se había levantado por su propio esfuerzo, con la abnegada ayuda de su madre, una simple lavandera. Tuvo a su cargo y construyó, como su primera obra, teniendo dieciocho años, en 1848, la Casa de Orates, siguiendo con la Universidad de Chile, obra que había sido iniciada por el arquitecto francés Hénaut, sucesor de Brunet-Debaines en la cátedra de arquitectura de la Academia de Bellas Artes, y en seguida paralizada por falta de dinero. Entre sus demás creaciones llevadas a cabo entre los años de 1850 a 1890, época de su fallecimiento, se cuenta la iglesia del Carmen Alto, construída en un seudo estilo ojival que fué muy admirado en su época, pero que reflejaba la falta absoluta de gusto artístico entonces vigente. La fachada y las torres de San Agustín y las de otras iglesias, como ser: las monjas Rosas, la Recoleta Franciscana, y hasta la misma torre de San Francisco, le deben, si no su construcción, por lo menos su terminación. No se puede decir, sin embargo, que haya sido siempre muy feliz en dichas transformaciones, muy especialmente en la del templo de San Francisco, cuya forma primitiva modificó agregando naves laterales por la reunión de las capillas

existentes. Para darle más luz al coro, rompió su techo de artesonados coloniales, estableciendo encima de su ábside la linterna o pequeña cúpula que lo afea. La parte alta de la torre secular del mismo San Francisco, que, sin duda, no era hermosa, pero sí pintoresca, fué también transformada tal como la vemos hoy día.

Todas ellas, a pesar del mérito que no se le puede negar a su autor, son el reflejo de una época deplorable para el arte, y que vino a borrar aquel carácter típico criticado por muchos entonces, pero que ahora se aprecia mejor, lamentando su desaparición, el carácter español y colonial que todavía conservaban muchos de los edificios que Vivaceta transformó.

Largo sería dar la lista de los edificios construídos por él: la capilla de Ossa, la de la Veracruz, varias casas particulares, el frontis del portal en la Plaza, el Mercado Central y muchos otros.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

SOLARES ANTIGUOS Y NUEVOS

Una de las casas más evocadoras del pasado era la que había sido de la Quintrala, en la esquina de la calle del Estado, antiguamente del Rey, con la de Agustinas, calle por medio con la iglesia de los Ermitaños de San Agustín, en la parte de esta última calle, que Zapiola nos dice se llamaba a principios del siglo: "calle de la Muerte". En 1877, esa casa conservaba aún todo su carácter de antigüedad, con sus viejas tejas, su mojinete y su portón claveteado. Era entonces un alegre café y billar, y, tal vez en recuerdo de la sanguinaria dama que donó al vecino convento la trágica imagen del Señor de Mayo, una pieza estaba destinada a depósito de todas las prendas del Cristo de la Agonía: sus trajes, sus cirios, y demás de la cofradía de su nombre.

Una de las casas que fué siempre considerada como el prototipo de la mansión colonial, por la belleza de su fachada y su portón bajo orgulloso mojinete, era la de la familia Sánchez y Fontecilla, en la calle de las Agustinas, en la cuadra comprendida entre Ahumada y Estado, que pudo mantenerse hasta fines del siglo XIX, en que por desgracia fué destruída y reemplazada por casas modernas (1873).

La casa de Alcalde, que ya hemos mencionado en el capítulo anterior, seguía siendo, después de la Moneda, la residencia más lujosa de la época colonial. No ignoramos que había sido edificada según planos de Toesca para don José Ramírez de Saldaña, uno de los hombres más ricos de su época, pasando después al poder de don Juan Agustín Alcalde y Bascuñán, conde de Quinta Alegre, senador y miembro de una de las Juntas de Gobierno de Chile. De 1820 a 1850, fué el centro de la sociedad aristocrática que con tanto brillo y belleza prestigiara doña Carmen Velasco de Alcalde, acompañada por su no menos hermosa hija, doña María del Carmen Alcalde, esposa del entonces Ministro Plenipotenciario de Francia: Monsieur Henri-Scévole de Cazotte.

Entre las casas nuevas con pretensión de palacio, que poco a poco iban renovando el aspecto de la ciudad, nombraremos la de don Luis Cousiño, construída en 1852, y que es un palacio de estilo francés marcado del sello del Renacimiento.

En esa fecha empezaron a levantarse las construcciones de gran lujo, hasta entonces, para decirlo así, desconocidas en Chile.

En los mismos años, se construyen en la Alameda la casa de estilo inglés de don Enrique Meiggs, activo contratista de los Ferrocarriles, y la quinta Meiggs, en la parte baja de la misma avenida; la primera existente aún, la segunda desaparecida desde ayer no más, después de ochenta años de vida tranquila, rodeada de huertos y de prados, que poco a poco fueron reducidos a nada por la invasión de las construcciones nuevas que la sofocaron.

Es increíble cuántas casas particulares de importancia salieron de tierra por aquellos años de gran prosperidad. Así están, entre otras moradas, la casa de don Miguel Barros Morán, en la acera Norte de la Alameda, de un estilo que fué una verdadera innovación; la de Haviland en la Alameda, que ya hemos visto ocupada entonces por el Club de la Unión, y que actualmente lo es por el Ministerio de Educación; la del general Bulnes, con su media cuadra de fondo y frontis de dos pisos sobre columnas de noble aspecto, hoy día: un Liceo de Niñas.

LA ALHAMBRA

Entre sus congéneres, la más notable fué, sin duda, el Palacio de la Alhambra, que construyó el arquitecto don Manuel Aldunate Bascuñán en la calle de la Compañía, para uno de los felices dueños de la Descubridora de Chañarcillo: don Francisco Ignacio Ossa Mercado. Esta obra fué el primer trabajo y el primer triunfo de su constructor, el cual, en seguida, tuvo a su cargo los planos del Congreso, los del Parque Cousiño, y también del cerro Santa Lucía, tal como lo transformó el Intendente Vicuña Mackenna. El palacio llamado de la Alhambra constituye, sin duda, un interesante "pastiche" de la maravillosa mansión morisca de Granada, y es de extrañarse que, con los pocos medios de ejecución de que se disponía a la sazón entre nosotros, se haya alcanzado a tan interesante resultado.

JARDINES Y FLORES

El progreso de los jardines tenía que ser forzosamente paralelo al de las residencias particulares. Vicuña Mackenna nos da en 1856 una interesante y perfumada página sobre este particular: "Octubre, dice, pórtico de flores; noviembre: mes de las frutillas y de las jaranas de Renca; el bosque de higueras del Salto de Agua da sombra a los paseos de los ardorosos domingos de diciembre. Cien montañas de sandías en plazas y plazuelas. Febrero: mil canastas, árguenas y carretadas . . . ¿Quién de nosotros de noviembre a marzo no vive en las arboledas? ¿Qué familia no tiene en Santiago una chácara adyacente? . . . Existen casas grandes como chácaras y con patios plantados de árboles, flores, legumbres, etc. No ha mucho que ciertas monjas tenían una hacienda en el centro de la ciudad, convertida hoy en cien talleres de industriosos obreros . . ."

Bosques de malvas, a pesar de la importancia de otras flores, crecen al pie de los naranjos, y sementeras de amapolas se disputan las piedras del Mapocho y el área de nuestros patios. Abadie, Brich abren en Valparaíso sus jardines de aclimatación de flores. De Europa llegaron por 1830 las anémonas y las peonías, hasta entonces des-

conocidas en nuestros jardines, junto con los heliotropos y los resedas. Se habían creado jardines de flores y criaderos de plantas y árboles. Los mejores de 1850 a 1860 fueron los de don J. Vicente Sánchez, tal vez el más afamado de todos, el Jardín Inglés o Quinta de Santa Rosa, y el Jardín Francés de la Chacra de Subercaseaux.

EL LUJO

El lujo era grande, y no pocos los dandies capaces de compararse con los más reputados "leones" de Europa. Así, don Florencio Blanco, casado con la princesa Troubetzkoy, los cuales residieron en Santiago por los años de 1866. Su padre, el ilustre general don Manuel Blanco Encalada, conservaba en la ancianidad su espíritu animoso y galante y su fisonomía delicada, de la cual se pudo decir que era "mitad espartana y mitad parisiense". Don Francisco Echeverría, llamado "Montecristo" por su opulencia y esplendidez, fué hasta ofrecer un baile, que quedó famoso en el recuerdo de los contemporáneos, y en el cual se vieron en las murallas de las salas inscripciones formadas de brillantes auténticos. No podríamos olvidar en esta enumeración a don Luis Cousiño, un elegante capaz de grandes realizaciones patrióticas y de progreso.

Epoca de refinamiento con visos románticos, se pudo ver en ella, según lo narra don Vicente Grez en "Vida Santiaguina", a don Francisco de Paula Rodríguez, comandante de un batallón de la Guardia Nacional, hacer rendir armas por su tropa a una distinguida dama que él cortejaba.

Madame Chessé, antecesora de Madame Prá, tenía en su gran

tienda del Pasaje Matte todo lo que se podía ofrecer como objeto o prenda de lujo, tales como aquellos "baberos para guaguas", de encaje de Inglaterra y de Bruselas, que valían de 150 pesos para arriba (de 48 peniques), y se vendieron todos.

Desde la caída del régimen español, el lujo tradicional de las casas santiaguinas, como ser la de don Francisco Javier de Errázuriz en 1785, que según su testamento estaba llena de brocados y platería de gran valor, la vajilla, los candeleros y los blandones, los calentadores de agua, los mates y braseros, y las mesas redondas de plata maciza de la sala de recibo, habían sido reemplazados por el lujo de los muebles de caoba de estilo Imperio o Luis Felipe, mezclados con algunos buenos escaparates o mesas de laca de la China. Había desaparecido esa "brillantez", como la llama un autor, y sólo quedaban loza inglesa o chinesca y braseros de cobre.

Sin embargo, la señora americana que escribió en 1858 "Three Years In Chile" recuerda de un chileno que gastó 33 mil pesos solamente en el amoblado del salón de su casa.

A pesar de esto, el conocimiento general de las cosas del arte era tan deficiente, que un estafador francés elegante: Adolfo G., pudo vender en remate público el menaje reputado como el mejor de Santiago en más de 40 mil pesos, siendo que, como lo comprobó el pintor Monvoisin, todo era falso: la Venus de Milo de tres pesos que se vendió en setenta y cinco, los Rembrandt, Ticiano y Vernet, que se pagaron entre treinta y cuarenta mil pesos actuales, y que no eran sino deplorables copias.

SANTIAGO EN 1852

La ciudad tiene como cien mil habitantes. El terreno se ha valorizado hasta valer 150 pesos la cuadra en la parte rural, y para la alimentación de su población se matan hasta cien vacunos y doscientos cincuenta lanares diariamente, como nos lo enseña el "Almanaque Pintoresco e Instructivo por 1852", que nos ofrece, a la vez, el siguiente cuadro de mejoras en vía de ejecución o en proyecto.

La Plaza de la Independencia tendrá suntuosos portales. La gran novedad "sin rival en América" será el Pasaje Bulnes, que formará una cruz y ostentará en el centro una "soberbia" rotonda. La compara tal vez con bastante justeza con el Pasaje de los Panoramas, de París. "No es difícil que un día haya ciudades modernas, dice nuestro Almanaque, que mediante los pasajes, las calles para el tránsito a pie estén todas bajo de vidrios e iluminados por candelabros y pavimentados con mármol o asfalto, no siendo decoración impropia cuadros, espejos y estatuas." Es de recordar que la primera mitad del siglo XIX fué el de la boga de los pasajes cubiertos en toda Europa, y por ende en América.

"La calle del Membrillar, continúa el Almanaque, va tomando

el aspecto de una calle europea por la continuación de casas de dos pisos a ambos lados desde la Compañía: los Tribunales, la casa de Cousiño, etc... La Cañada bien pronto tendrá el aspecto del Boulevard de los Italianos de París", lo que, sin duda, era ir muy lejos en cuanto a profecías.

El progreso toma entonces un ritmo rapidísimo, siempre a imitación de Europa, y en desmedro de lo que era criollo y tradicional, como todo progreso que tiene que arrasar con lo que existía anteriormente a él.

PROYECTOS EDILICIOS

Don Benjamín Vicuña Mackenna publicaba en "El Mensajero de Agricultura" del año 1856 los proyectos de mejoramiento que él mismo debía en gran parte llevar a cabo quince años después, de Intendente de Santiago. Decía que hay que derribar el Palacio de las Cajas, "montón de escombros", y la manzana sostenida por puntales con su picadero que es un muladar, para construir en el centro un "Hôtel-de-Ville", que don Benjamín, muy impresionado por lo que había visto en Europa, y especialmente en París, imaginaba con galas renacentistas y rodeado de rejas como un honrado "square" parisiense. Quiere que desaparezcan también el viejo Cabildo y la Cárcel con la centinela y su "¡quién vive!", y las procesiones de los ejecutados, y también el edificio viejo de la Compañía, al lado de la iglesia de ese nombre, cuyo terreno se dedicaría al Congreso y a jardines. Pedía que se hiciera una plaza frente a San Lázaro, en la Alameda, plazuela que, en 1871, la Municipalidad vendió, siendo la iglesia trasladada de la Alameda a la calle del Ejército Libertador, donde hoy se levanta.

Emite una opinión pesimista sobre la ciudad que estaba llamado a gobernar y transformar: "Es un horno en verano, dice...,

las calles: desnudez de sombra, fango pestilencial o polvo que sofoca, calor o humedad en toda hora. En invierno, lodazales que salpican hasta los aleros de los tejados, y en el verano, nubes de tierra que trepan hasta las torres de las iglesias; hoyos y lomas en las calles rectas, caracoles en las bocacalles, acequias sin nivel, tacos que derraman inmundicias, letrinas a todo sol. . ."

"Si un caballero está enfermo, se cierra la calle para que no le metan bulla. Centenares de carretas bulliciosas entran al amanecer: chácara de los campos, grano de las haciendas, peñascos de los cerros, adobes, leña, niñas con arpas y vihuelas. . ."

"El lechero que hace rechinar sus tarros; el triste aguador que lleva a las destiladeras los barros saludables del Mapocho; las petacas del panadero; la yegua cargada de hierbas; la tropa de mulas con su yegua madrina y cencerro, coches y carretelas. . ., hileras de montones que caminan como hormigas, ponchos y chupallas, mendigos, etc."

Benjamín Vicuña Mackenna resume estos cuadros diciendo que Santiago no es la deliciosa capital que sus habitantes tanto aprecian, y podemos agregar, para restablecer la realidad, que todos los extranjeros que por ella pasaron tanto han añorado.

Debería seguirse con el empedrado de las calles tal como se ha empezado en la primera cuadra de la calle Catedral. Pero, según esa mala lengua de Vicuña Mackenna, esto no se cambia, porque todos los señores municipales, senadores y diputados son dueños de carretas. . ., "unos tienen la picana, otros el yugo, y la carreta cruje y allá va por lomas y virazos".

Pide, también, que se hagan plantaciones en las calles y en la plaza, que se trace un bulevar exterior en lo que es hoy la Avenida Vicuña Mackenna, que se plante un bosque en el Campo de Marte.

El Intendente Bascuñán Guerrero debía satisfacer a uno de estos pedidos plantando la Plaza y trazando el doble círculo que rodeara la pila.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

EL FIN DEL PORTAL DE SIERRA BELLA

El portal que solían llamar "de las Condesas", y más comúnmente "de Sierra Bella", por ser éstos condes y dueños de la hacienda de Las Condes, a cuya cordillera acabaron por dar su nombre, había sido destruído en 1846, y reconstruído por la familia en la misma forma antigua y en dos pisos. Para la exvinculación de las propiedades que constituían el mayorazgo de Sierra Bella se tasó el portal, que ocupaba una superficie de 5.718 metros cuadrados, en $ 278.000, o sea, a $ 34 la vara, más $ 74.218 por el edificio junto con dos propiedades, sus dependencias, en las calles Ahumada y Estado.

Un incendio vino nuevamente a destruir el portal reconstruído, el 1.º de junio de 1869 a media noche, y la pérdida por edificios y almacenes se calculó en un millón y medio de pesos.

Don Domingo Fernández Concha adquirió las ruinas y el terreno el 2 de agosto de 1869, de la señora peruana doña Carmen Vásquez de Acuña de Santiago Concha, condesa de Sierra Bella, y pagó ciento veinticinco mil pesos por el terreno, y veinticinco mil por los escombros calcinados. En esa fecha se inició la construcción de un portal magnífico, muy admirado en su época, y cuyo aspecto exterior ha sido modificado en estos últimos años.

LA HOGUERA DE LA COMPAÑIA

Como se ha visto, don Benjamín Vicuña propiciaba el establecimiento de jardines en el sitio del antiguo convento de los jesuítas. El incendio del 8 de diciembre de 1863, en el cual perdieron la vida en forma espantosa más de dos mil personas, aglomeradas bajo las naves de la iglesia de la Compañía para la celebración de la clausura del Mes de María, debía facilitar la ejecución del programa aludido.

Mas, aquel suelo, impregnado de las cenizas de tantas víctimas, no podía ser transformado en un jardín cualquiera. Se habló entontonces de restaurar la iglesia, de tanto recuerdo en los fastos de la historia de Santiago, o de construir una ermita como recordatorio de uno de los incendios más terribles, en sus resultados humanos, que haya presenciado el mundo. Pero las pasiones no permitieron que se llegara a un acuerdo en ese sentido, y hubo de contentarse con la erección de un monumento expiatorio, para el cual se juntaron en pocos días, en 1872, más de catorce mil pesos. Fué aquél la columna que llevaba la bella Virgen de bronce clamando al cielo, obra del gran escultor francés A. E. Carrier-Belleuse, que hoy día se encuentra en la Plaza del Cementerio General, donde ha sido trasladada,

siendo reemplazada en el sitio trágico de la Compañía por una piadosa y orante imagen de la Virgen en mármol blanco. Se rodeó la columna de un jardín, que a su vez encerró una verja de hierro: "Que impida, se dijo, a los indiferentes profanar con sus plantas ese lugar por tantos motivos venerado".

Don Federico Errázuriz, al ser Intendente de Santiago, estableció un aniversario en recuerdo de la catástrofe más grande que haya sufrido la ciudad en toda su historia, instituyendo un "servicio de requiem perpetuo en beneficio de las almas de las víctimas", dice el acuerdo de la Municipalidad de 8 de julio de 1864, que ratificó la piadosa iniciativa del Intendente.

COCHES DE SERVICIO PUBLICO

Entre los progresos de la ciudad se puede mencionar el servicio de los coches públicos, que por esos años se estableció, y cuya tarifa, según ordenanza de 1864, era la siguiente: $ 0.10 por cualquiera distancia entre los límites de la ciudad, es decir, el Seminario, la calle de los Olivos, Negrete y el Canal de San Miguel; $ 0.15 fuera de aquellos límites, pero entre la casa de Providencia, la calle de Matucana, las Estaciones del Norte y del Sur, el cementerio y el Zanjón de la Aguada. El precio era doble después de las doce de la noche. Se fijaron estacionamientos reglamentarios para esos coches, que eran, en general, del modelo llamado "de trompa", en la Plaza de Armas, la Alameda entre Carmen y Maestranza, la Universidad, la Estación, y otros.

ALUMBRADO PUBLICO

En cuanto al servicio de alumbrado público, del cual ya se ha dicho algo anteriormente, agregaremos que por decreto del 21 de agosto de 1856, firmado por don Manuel Montt y don Antonio Varas, se dió la concesión del alumbrado de las calles por el gas hidrógeno a una empresa presidida por don Maximiano Errázuriz, afianzado "de mancomún e insolidum", por don José Tomás de Urmeneta, con obligación de surtir de luz a una parte de la ciudad indicada en el contrato, desde el toque de oración de la tarde hasta que aclare, y en las noches de luna desde un cuarto de hora después que desaparezca la luna al horizonte. La fuerza suministrada debía ser equivalente a doce velas de esperma. En cuanto a los pescantes y columnas, y a los faroles que debía colocar Errázuriz, estaba entendido que, sin ser de lujo, "saldrían de lo común".

PROHIBICIONES CALLEJERAS

Las ordenanzas y disposiciones de policía, dictadas para el servicio local de la ciudad de Santiago, nos proporcionan datos interesantes en cuanto a los adelantos y progresos de su administración municipal.

Se prohibe el tránsito de las carretas por las calles compuestas y el puente de Cal y Canto, menos a ciertas horas las que conducen carbón, leña o paja, y las que trasladan las familias fuera de la ciudad o a paseos, éstas a cualquiera hora y por todas las calles.

Se prohibe jugar en plena calle a la chueca, a la pelota y al trompo "al clavar", y lo mismo las ruedas de los jugadores de naipes, de tabas y dados, bajo pena de reclusión.

Prohibición a los transeúntes que se desmonten a las puertas de las casas dejando su montura con la rienda abajo.

Cada dueño debe cuidar el empedrado frente a su casa, ya que es considerado como parte de ella, y reponer las piedras que se suelten avisando al alcalde de barrio si el mal es mayor.

Toda persona que anduviera por las calles después de las doce de la noche será detenida por los serenos o las patrullas y registrada como sospechosa.

En víspera de Navidad se prohiben los pitos, cuernos, matracas, cencerros y demás instrumentos que por tradición se tocan en esa noche, porque alteran la quietud pública, molestan a los transeúntes y perturban el silencio de las casas, con perjuicio de los que sufren alguna grave enfermedad. . .

Sólo se permite galopar en las calles a los que vayan en pos de médico, sangrador, matrona o por medicinas, o en busca de los auxilios de la religión.

Por ordenanza del Intendente de la Cavareda, de marzo de 1842, que fué mantenida por varios decretos ulteriores, en Semana Santa, desde medio día de Jueves Santo hasta el canto de Gloria en la mañana del Sábado Santo, no deben abrirse las tiendas, almacenes, talleres de ninguna clase, a excepción de las boticas y cafés. Se paraliza todo tránsito de coches y carretas por la ciudad entera durante el mismo lapso. Esta ordenanza se aplicó hasta cerca del año 1880, en que por el crecimiento de la ciudad y de sus actividades tuvo que ser derogada.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

EL VOLANTIN

A pesar de las ordenanzas que prohibían toda clase de juegos en la calle, "el volantín" tuvo por muchos años un puesto privilegiado entre las diversiones de chicos y grandes, como lo recuerda en sus Memorias el señor Arzobispo Errázuriz.

A veces "la bola" era tan inmensa, que era necesario para ella fabricar "tornos" especiales. Los había, sin embargo, de todos los tamaños, de cola o sin cola, y en este caso eran llamados "chupetes".

En casi todas las ciudades de Chile existían sitios dedicados especialmente a encumbrar volantines, donde concurrían muchos aficionados para colear, tumbar o echar cortada contra las bolas que a veces juntaban en su derredor no menos de doscientos volantines pequeños para defenderlas o atacarlas.

Asistían centenares de espectadores, y aun se trababan apuestas en estos desafíos que se llamaban "comisiones". Eran juegos higiénicos y de aire libre. Con el crecimiento de la ciudad, y por las ordenanzas municipales, fueron desapareciendo bolas y estrellas y volantineros, pero hará unos cuarenta años se solía todavía ver en barrios apartados, o en el lecho del río, algún volantín en comisión, resto de un juego nacional y de gran popularidad entre nosotros.

MODAS

Algo hemos dicho al pasar de las modas femeninas, sin entrar en muchos detalles aquí inoficiosos. De los hombres de la clase culta de la población, no ignoramos que seguían las modas europeas, dejando la manta y las espuelas de grandes rodajas para los días de campo y el "chape" o coleta a la plebe.

Al sombrero de castor, pantalón corto de casimir, corbatín de espumilla, zapatos recortados de becerro y medias de seda blanca o color carne, tal como se llevaban en 1830, el elegante santiaguino había substituído en veinte años: el pantalón blanco "sin peal a la Sessé", la blusa ligera, de noche el frac negro o azul, y el sombrero "sansimoniano", última moda, tal como lo llevaba Francisco Bilbao. Los provincianos eran por las modas atrasadas que lucían causa de muchas burlas que les lanzaban cuando venían a Santiago por negocio o por curiosidad.

EL PROVINCIANO EN SANTIAGO

A ese propósito Pedro Ruiz Aldea, el Jotabeche del Sur, como se le ha llamado, partidario de Bilbao y secuaz de Benjamín Vicuña, periodista en "El Ferrocarril", publicaba por esos años una crónica sabrosísima, que no podemos menos que condensar aquí. Pedro Ruiz Aldea confiesa su deseo de evocar antes que desaparezcan los tipos pintorescos del país, "y sus sombras para compulsar por ellos la marcha del tiempo".

Pinta el provinciano viajando penosamente a caballo, alojado en corrales o debajo de algún árbol, bregando con mulas y con arrieros, gente tan entumida de miembros como de inteligencia, entrapajados para preservarse del sol. Sorprendido de todo lo que sus ojos ven, llega a Santiago por el Callejón de la Villa Alegre, "más rocín que lo que había salido de su tierra". Admira los arrogantes chapiteles, las frondosas alamedas, el inmenso caserío de la ciudad, pero "sepulta su alegría en el pecho", como le ha sido aconsejado por la parentela al salir de su pueblo.

Mas al entrar a Santiago empieza su calvario: uno lo saluda con ironía, otro le espanta el caballo y otro le arroja un cascarazo. Como pregunta por la Posada de San Francisco, o la de Santo Do-

mingo, aquella pintoresca casona que hemos visto desaparecer hace poco, y que eran ambas las posadas más frecuentadas, se divierten en engañarlo guiándolo con su caballo por el medio de la Alameda, para ver al vigilante cobrarle una multa.

La posada era un callejón largo y muy sucio, con unas corridas de cuartos para alojados, amoblados "de un catre bullicioso, un par de sillas de paja y una mesa mugrienta". Hay ahí, juntos, un zapatero remendón, una cocinería y un corral para los caballos. La frecuentaban gente acomodada, huasos ricos de provincia y sin grandes exigencias, que acechaban niñas alegres de largos mantos que tapaban bulliciosas toilettes.

La gira del provinciano por la ciudad se limitaba al patio de los Tribunales, al del Consulado y al Correo. No visitaba la Universidad, por no tener aún edificio propio, ni la Biblioteca Nacional, por encontrarse generalmente cerrada. Al recorrer el Palacio de Gobierno, creía de su obligación tener que ver al Presidente, y en su lugar se encontraba frente a unos cuantos toldos en los cuales se vendían "mote pelado, huesillos cocidos, chancho arrollado, sopaipillas fritas y horchata con malicia". No encontraba en ninguna parte el edificio del Congreso Nacional; el Museo no se abría sino los jueves; la Quinta Normal, jueves y domingos; buscaba fábricas, y solamente encontraba, como nacionales, fábricas "de velas, de jabón, de chocolate y de guitarras". Las sastrerías, peluquerías, relojerías y ebanisterías eran extranjeras, y "lo único que hallaba de casa era: la cocinería chilena".

Para distraerse, el provinciano va al Salón Optico, espectáculo extraordinario y muy concurrido, donde se miraba por medio de espejuelos que reflejaban ilusoriamente los palacios, las ciudades y los monumentos de ultramar.

Concurre a la Alameda, donde hay citas de amor, tertulias en los sofás y crítica de los que pasan. Deambulan personajes originales, como ser aquel vejestorio que lleva sombrilla, abanico y un jardín de flores en la cabeza; y el modesto mozo del pueblo de provincia que exhibe la última moda de su tierra: "fraque de cabildo, cachenet en el cuello, calzón corto y angosto".

Nuestro mismo amigo provinciano que visita por primera vez

a "Chile", como suelen llamar a la capital, ostenta unas modas estrafalarias que huelen a Curepto o a San Vicente a una legua: "levitas de arrugados faldones, fraque de colas puntiagudas, pantalones de paño azul, chaleco negro de botones amarillos, corbata de terciopelo, sombrero de pita con fiador, zapatillas de becerro con crujideras, faja lacre a la cintura, capa larga con cuello de cuero y, guardado en el bolsillo delantero de la levita, un pañuelo doblado en forma de corazón. . ." Mientras tanto el joven **snob**, el refinado Agapito, "joven de elegante apostura, cabellera alisada, barba cuidadosamente rasurada, corbata delicadamente enroscada, cuellos puntiagudos y muy almidonados, trae en la mano un junquillo que voltea entre los dedos; en el ojal del fraque, un clavel; en el bolsillo del chaleco, un cadejito de cuerdas que suelen servir en los picholeos, y un espejito y una peinetita. . ." Agapito baila la polca de espejito, de toma y suelta, de punta y talón. En una palabra, es el "toronjil de las niñas".

Y éstas, ¡qué hermosas!, "hollando con ligera planta los alfombrados de los salones, niñas de peregrinos rostros, de purpurinos labios y alabastrinas manos, de diamantino diente. . ., llevan vestido de organdí, cuerpo a la Lucrecia Borgia, falda de dos volantes, chal de barej, sombrilla a la antigua, y para el paseo: vestido de tafetán, mangas a la Amadis, manchetas a la Puritana, manteletas de tarlatán, sombrero adornado a la jardinera. . .".

¡Mas, estas bellezas elegantes que nuestro provinciano admira al pasar no son para él!

EL REGRESO DEL PROVINCIANO

Y vuelve a su tierra el pobre provinciano en la calchona, como la llaman, la que solía adelantarse y partir sin pasajeros en vez de salir con ellos. El cochero de la diligencia, detalle sabroso, es un yanqui que sólo sabe decir: "¡No entiendo, monta no más!" Se oye el chasquido del látigo, y una voz que dice: "yamgoing" (sic). Cuando de alguna quebrada se veía venir un hombre, un muchacho gritaba: "¡Ladrones, mamá!", y no faltaba algún viajero español que preguntara si en Chile se acostumbraba asaltar las diligencias como en Andalucía. El provinciano pierde la mitad del equipaje, y exclama tristemente cuando llega a su pueblo: "¡Qué otra cosa había de resultar viajando en las diligencias yanquis!"

Esto lo escribía, haciendo una pintura maestra de lo que era viajar en 1850, don Pedro Ruiz Aldea en "Nuestro Pasado". El ferrocarril iba muy pronto a modificar todo esto.

* * * *

NUEVA ERA

El que camina por las calles del Santiago central hasta tres o cuatro cuadras de la Plaza de Armas en contorno, y se detiene a examinar el estilo de las casas grandes que aun van quedando, muchas de cuarto de cuadra de frente y media cuadra de fondo —un solar—, con segundo piso a la calle solamente, comprueba que casi todas datan de aquellos treinta años de intenso progreso, o sea de 1850 a 1880, lapso en el cual se renovó nuestra capital, borrando, sin duda, todo su carácter particular, pero creando una ciudad moderna.

BENJAMIN VICUÑA MACKENNA, INTENDENTE

Don Benjamín Vicuña Mackenna fué el gran espíritu que, como se ha visto, concibió primero y llevó a cabo después como Intendente la transformación a la cual nos hemos referido.

Desterrado por razones políticas, viajó y visitó a Europa entonces en plena prosperidad, y especialmente a Francia, donde el Segundo Imperio se encontraba en pleno apogeo. Trajo así de ultramar, y especialmente de París, ideas modernas, cuya aplicación había podido presenciar en esa capital, algunas discutibles hoy día, pero que eran la base del urbanismo de la época: los "squares" con rejas, los "hôtels-de-ville" de falso estilo Renacimiento, los edificios públicos construídos en aquel gusto "administrativo" de que adolecen todavía tantos edificios parisienses construídos en ese tiempo.

Don Benjamín Vicuña Mackenna, por renuncia que el Intendente don Tadeo Reyes hiciera de su puesto, fué nombrado en marzo de 1872 en su reemplazo. El mismo día de la primera sesión que presidiera del cuerpo municipal, leyó un largo discurso, en el cual daba a conocer los proyectos de adelanto local que desde tiempo atrás iba propiciando: la canalización del Mapocho; el camino de

Cintura; la transformación de los barrios miserables de la ciudad; la ampliación del servicio de agua potable; la formación de nuevas plazas; la creación de un paseo en el Santa Lucía; el establecimiento de una plaza de abastos; la apertura de las calles tapadas aun existentes, y muchas otras creaciones y transformaciones de importancia más o menos grande; innovaciones todas que fueron llevadas a buen término por aquel gran servidor de Chile y de Santiago, fiel reflejo del patriotismo y de la honradez de los hombres de aquellos años.

Tanta era la estima que profesaba el vecindario de la ciudad, en general poco generoso para esta clase de iniciativas, que alcanzó a subscribirse el año de 1872 en forma de erogación la suma considerable de $ 791.000 para las obras de ornato proyectadas por el Intendente, es decir, una suma equivalente a más de treinta millones de nuestra moneda.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

EL MAPOCHO CANALIZADO

Las transformaciones operadas para la canalización del Mapocho, y evitar así los aniegos del río, hicieron inmediatamente subir el valor del metro cuadrado de terreno frente al Mercado Central a $ 30.00, o sea, como $ 1.200 actuales. Vicuña Mackenna declaraba que el temor a las inundaciones constituía un anacronismo, tanto por la modificación del clima cuanto por la elevación paulatina de su planta a una altura considerable desde los tiempos de la Conquista, y también por los elementos de los cuales se podía ahora disponer para evitarlo.

BARRIOS OBREROS

Por decreto de junio de 1872, se formó bajo la presidencia de don Maximiano Errázuriz, caballero que se había preocupado de la necesidad urgente de establecer barrios obreros salubres, una comisión de vecinos principales destinada a controlar la inversión de fuertes capitales en la reconstrucción de los barrios del Sur formados de ranchos, "como un inmenso aduar africano. . ., cloaca de infección y de vicio, de crimen y de peste. . ., verdaderos potreros de la muerte", como los calificaba el Intendente.

Los altruístas miembros que integraban dicha comisión eran: don José Rafael Echeverría; don Francisco de Paula Echaurren; don Francisco de Borja Valdés; don Melchor Concha y Toro, el cual había pedido, a título de ensayo, casas desmontables para obreros a los Estados Unidos; don Francisco Puelma; don Miguel Cruchaga y don Francisco Subercaseaux, cuyos nombres, como de patricios progresistas y patriotas, bien merecen ser consignados en estas páginas.

Aquellos barrios estaban, en realidad, compuestos "de ranchos abandonados, de pantanos, de inmundicias, de murallas desplomadas, de cerros de basuras y de acequias que se derramaban".

La parte Poniente de la ciudad: "el Galán de la Burra" —hoy día, calle Erasmo Escala y vecinas—, recibía todas las inmundicias que formaban grandes embanques putrefactos. Vicuña Mackenna, para evitar un mal tan grande, propicia la canalización de la acequia de Negrete. En la Chimba arranca los ranchos inmundos al lado Oriente de la subida del Puente de Cal y Canto, y hace la guerra a los conventillos, que son, a menudo, verdaderos "mataderos humanos" en el barrio vecino al río. Por decreto de la Intendencia, que refrenda el secretario de aquélla, donde José María Eyzaguirre, se ordena la destrucción de esos conventillos, otorgando a cada madre de familia dos pesos para gastos de mudanza.

Benjamín Vicuña Mackenna repetía: "¡Y ésta es la ciudad que nos complacemos en llamar la reina de la América!".

Incansable, inaugura en Santiago 18 plazas o plazuelas nuevas, contando en ese número las del cerro Santa Lucía, la plazuela de la Compañía, la plaza de Bello, antiguo reñidero de gallos, y otras.

LA TRANSFORMACION DEL CERRO SANTA LUCIA

La transformación del cerro Santa Lucía constituye, sin duda, el mayor timbre de gloria del Intendente Vicuña, y que llevará su nombre a la posteridad.

El Cerro estaba entonces formado por una aglomeración de rocas, de explanadas y de plazoletas, que eran: una el Castillo Viejo o Batería Marcó, así llamada por don Francisco Marcó del Pont, último gobernador español de Chile, hacia el Sur, y dominando la Alameda; la otra, al Poniente, frente y encima de la calle de Huérfanos, era el antiguo Castillo o Fuerte Hidalgo; ambas debían ser conservadas y convertidas en jardines y plazas de recreo. Era aquél el famoso Huelén, atalaya del valle del Mapocho, del cual habla el Padre Ovalle, en la primera mitad del siglo XVII, como "el cerro de este valle del Mapocho, dos leguas de la cordillera". Sin vegetación y solitario, había sido frecuentado, a menudo, por Darwin durante su estada en Santiago, y él lo denominaba un "hillock of rocks", un montón de rocas, pues no era otra cosa.

Leyendas populares lo declaraban encantado y que "giraba al sol como un girasol". Sea como fuere, el sol se jugaba a sus anchas entre sus peñascos; de tal modo que el astrónomo americano que ya

hemos visto en el Observatorio de su cumbre durante tres años, aseguraba que, con la dilatación de las rocas, el calor aumentaba a ciertas horas el volumen del cerro, de manera bastante sensible para hacer trepidar los delicados instrumentos de su Observatorio.

Vicuña Mackenna lo mandó plantar de árboles; formó senderos, plazuelas, grutas; estableció iluminación propia de gas con gasómetro especial, y a imitación de los parques de Europa, lo sembró de nombres románticos: "El Camino de las Niñas", "El Alcázar de la Montaña', "La Gruta de la Cimarra", etc.; lo adornó de estatuas de un gusto discutible, trajo ahí la reja maravillosa del Presidente del Pino, que se había rescatado de entre los fierros viejos de la Casa de Moneda por 14 reales, y también el famoso escudo de piedra de Varela.

Con su imaginación infatigable le consagró en pleno Huelén una estatua al cacique del Mapocho Huelén-Huala, estableció un restaurante sobre la explanada del Castillo Hidalgo, un teatro, juegos de niños, y pensó en darle nombre de "Plaza de los Campos Elíseos" a la terraza de la Batería Marcó, donde aun quedaba la hornilla para calentar al rojo las balas, que, desde luego, jamás se dispararon.

Para la administración directa del paseo, estableció una comisión cuyo presidente fué el generoso mecenas don Luis Cousiño, que acompañaban don Domingo J. de Toro, don Francisco Subercaseaux, don Emeterio Goyenechea y otras personas adineradas, lo que, sin embargo, no impidió que las deudas que ocasionaron los gastos de transformación del Cerro le fuesen imputadas, siendo causa de la ruina del gran Intendente.

Amigo de las iniciativas espectaculares, trasladó en gran pompa desde el Cerro al Cementerio General, después de una ceremonia religiosa, presidida —¡cosa inaudita hasta entonces!— por el ministro anglicano, los cadáveres de los extranjeros no católicos enterrados entre las piedras del Huelén: los "desterrados del cielo y de la tierra", como los calificó el mismo don Benjamín Vicuña.

Imagina entretenimientos por instalarse en el Cerro, que debía ser a su juicio, a más de un pulmón para la ciudad, un lugar de diversión sana para chicos y grandes: carruseles, tiro de ballesta (muy

usado por las señoras de Inglaterra y de Holanda, agregaba Vicuña Mackenna), y trompo holandés, obsequio del empresario de los Baños de Apoquindo, don Carlos Hopfenblatt. En los edificios del Castillo Hidalgo debían instalarse salas de billares, palitroques, tiro al blanco, salón de lecturas y un café. Mas muchos de esos buenos deseos quedaron en proyecto.

Empezada la transformación el 4 de julio de 1872 con la ayuda, del todo voluntaria, de 150 hasta 200 presidiarios, se inauguró el paseo en una ceremonia que tuvo lugar el 17 de septiembre de 1872, fecha en que se colocó la primera piedra de la ermita. Bajo un toldo improvisado se celebró misa de campaña con asistencia del Presidente de la República, del Arzobispo, de la magistratura, del clero y altos dignatarios. Después de un sermón de circunstancia, un cuerpo de línea hizo descargas, mientras los coros, que acompañaba la orquesta del Conservatorio, ejecutaban sus mejores melodías.

En todas las ramas del progreso, el Intendente desplegaba su extraordinaria actividad.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

CALLES TAPADAS

Existían todavía varias calles tapadas que obstruían los muros de ciertos claustros. Así, Santo Domingo llegaba hasta el río, el monasterio de las Monjas Agustinas alcanzaba hasta la Cañada, y comprendía una viña, en su huerto, donde mismo se levantan hoy los bellos edificios del Club de la Unión y de la Bolsa de Comercio. El monasterio de las Claras obstruía la continuación hacia el cerro de la calle de la Moneda, y así de otros. La apertura de las calles llamadas "tapadas" constituía una novedad del siglo. La calle Nueva de la Merced, también llamada de Los Perros (hoy día de Miraflores), había sido abierta en 1830, cortando por la mitad los terrenos del convento mercedario. El de las Agustinas, por fallo de la Corte de Apelaciones del 5 de junio de 1841, tuvo que dar paso en 1850 a la calle de la Moneda, que partía en dos secciones: calle de la Moneda hacia el Poniente, y calle del Chirimoyo hacia el Oriente, nombre perfumado que es de lamentar haya desaparecido de la nomenclatura callejera de Santiago.

Los "ilustrados padres dominicos", como los llama Vicuña Mackenna, aceptaron la insinuación de la Intendencia de dejar pasar al través de su claustro las calles de las Ramadas y de las Capuchinas,

hoy Esmeralda y de las Rosas, respectivamente. Por su lado, los franciscanos consintieron se prolongara la calle del Estado atravesando la Alameda. Por fin, los mercedarios y los agustinos aceptaron vender los unos su claustro de San Miguel, los otros el Colegio Agustino, ambos situados en la Alameda. Así mismo desapareció la pequeña iglesia bajo rústico campanario del pequeño convento de San Diego, dependencia de San Francisco, cuya nave albergó en seguida por muchos años la Biblioteca del Instituto, en mala hora suprimida, sus libros desparramados y el edificio destruído.

LOS PALACIOS DE LA PLAZA

En su libro publicado en 1872, y que intituló "La Transformación de Santiago", don Benjamín Vicuña nos da una triste idea de lo que eran a la sazón los edificios de las Cajas, o Palacio de la Intendencia, que estaban desmantelados y desnudos, "con aspecto de pescadería", y de la Municipalidad o Cabildo.

El Cabildo, dice, es un apéndice de la Cárcel; la Cárcel es todo; la Municipalidad: dos salas, una para las sesiones y otra "para tomar té". Para que se pueda oír lo que se dice en esas piezas, hay que colocar dos soldados en la esquina de la calle de la Nevería (21 de Mayo), precaución que por tradición está a cargo del Tesorero Municipal. Benjamín Vicuña Mackenna sigue con su idea de un "hôtel-de-ville" moderno, con gran sala de reuniones públicas, salones para conciertos, de lectura y para bailes, que la Municipalidad debe costear en obsequio del pueblo contribuyente.

En cuanto a la Plaza en sí, algo se había humanizado, para decirlo así, por la mitad del siglo que la había transformado en paseo, de desierto polvoriento que había sido hasta entonces. La habían adornado de fuentes, una en cada esquina de la Plaza, lanzando un

chorrito de agua potable por sus surtidores de fierro; de sofás, de un pequeño jardín con maceteros de mármol, rodeado de rejas. Era un paseo delicioso de noche, decían los contemporáneos, bajo la luz de sus doce lámparas de gas "carbónico".

Ya estaba la Plaza en la primera etapa de su transformación en la bella y agradable plaza en cuyos jardines corren los niños, y en cuyas bancas los veteranos del 79 gustan venir a tomar el sol y a contar sus hazañas.

LA LABOR INTENSA

Se pavimentan las calles con adoquines traídos por mar desde Cherburgo, y que por fin se consiguió fuesen fabricados en la chacra "Lo Contador" y en Conchalí. En el solo verano de 1872-73 se adoquinaron doce cuadras de las calles muy centrales.

Se terminó la reconstrucción del Teatro Municipal, destruído dos años antes por un incendio, y faltaba muy poco para concluir el muy moderno Mercado Central, cuya armazón de hierro había sido traída desde Europa. El Parque Cousiño estaba por entregarse a la ciudad por el señor Cousiño, el cual lo había mandado plantar con 60.000 árboles de todas esencias y a sus expensas.

Vicuña Mackenna no descuidó este complemento de la vía pública moderna, desconocido hasta entonces entre nosotros: el árbol, plantando más de 2.000 en la Alameda, los Tajamares y la Plaza, esta última con olmos, acacias y gomeros.

Como se puede ver, la actividad desarrollada por aquel Intendente modelo fué inmensa, y se extendió a toda la ciudad tanto en el barrio de Santa Rosa cuanto en el del Ejército Libertador, donde decupló el valor de su terreno, pues donde se vendía a $ 0,25 y $ 0,50

el metro cuadrado, se presentaron compradores por $ 5.— y $ 6.—. Cuando don Benjamín trazó personalmente dicha calle, una de las más hermosas de Santiago, ésta era un pantano en el cual el Intendente quedó pegado, como dijo, "hasta las cachas" de su caballo.

Múltiples obras edilicias de importancia de diferente índole se llevaron a efecto en los pocos años que duró la administración de Vicuña. La sola edificación particular representaba más de 5 millones de pesos (1) repartidos entre 341 edificios. Por influencia del mismo, se estucó el Portal Fernández Concha, colocándose ahí grandes candelabros de bronce, traídos de Europa para adornar la calzada que la Intendencia había mandado establecer a lo largo de los portales, como muestra de deferencia, decía el Intendente, a la cordialidad del señor Fernández Concha para escuchar sus indicaciones.

Se estucó del mismo modo la iglesia de las monjas Agustinas, inconclusa desde hacía años, al trasladarse de la esquina de Agustinas con Ahumada al sitio donde hoy se levanta, siempre consagrada al culto, a pesar de la emigración de la comunidad a otro barrio menos central.

(1) Es bueno tener presente que el peso chileno valía en 1872: 46 peniques 3/8.

IDEAS DE INTENDENTE

El Intendente de Santiago, hombre de ideas avanzadas para su época, pedía la supresión del "infame destino del verdugo", en términos sonoros según acostumbraba: "en homenaje a los grandes días de la Patria que se acercan, a nuestra civilización de pueblo libre y democrático, a la dignidad de nuestra naturaleza como sociedad culta y cristiana".

En otro orden de ideas, dió el primer golpe a la tradición, varias veces secular, que impedía todo comercio y tránsito de coches en Semana Santa, invocando con razón el crecimiento de la ciudad y los inconvenientes que traía al vecindario una paralización general de las actividades en esos días.

CAPILLAS SUPRIMIDAS

Suprime y demuele la iglesia de San Pablo, que había sido de los jesuítas, y desaparecen por diferentes razones: la capilla de la Soledad al lado de San Francisco, a pesar de remontar su fundación a la viuda de Pedro de Valdivia; y la de Salguero, centro de la devoción al Santo Cristo de Felipe II desde el siglo XVII, que se levantaba en la esquina del convento de la Merced y de la calle de los Huérfanos, capilla que había desaparecido con la edificación del nuevo convento por el Padre Provincial Benjamín Rencoret.

MEJORAS DE PROGRESO

Otras obras de progreso ocupaban la atención del activo Intendente, como ser la línea de ómnibus y el ferrocarril urbano, cuyo recorrido se extiende por Ahumada y Estado para poner en contacto la Estación Central de los Ferrocarriles con el Mercado Central:

El servicio de agua potable, del cual sólo usufructuaban 36.000 entre los 140.000 habitantes de Santiago, pudo ampliarse gracias a las aguas proporcionadas por las vertientes de Vitacura.

Se mejora también el alumbrado público, que en 1873 empleaba 843 faroles de gas, que costaba $ 3.— al mes.

Se mejoran los paseos en nuestra ciudad, tan bien dotada según decía Vicuña, pues tiene, además de su incomparable perspectiva, tal vez sin igual en el mundo: el paseo urbano en la Alameda; el paseo de la campiña en el Parque Cousiño; el paseo de la montaña en el Santa Lucía; el paseo del valle en los Tajamares, en los antiguos puentes, y, agregaba, en los futuros malecones del Mapocho canalizado.

UN MENDIGO CAPITALISTA

Al tratar de la persecución de la mendicidad emprendida por él, cuenta el Intendente este caso curioso.

Como los persiguiera la autoridad, uno solo entre todos los mendigos fué a reclamar hasta el Presidente, porque no se le permitía andar en cuatro pies pidiendo limosna en los portales y por las calles. Se averiguó su verdadera situación, y se descubrió que una vez desocupado de su tarea de limosnero, montaba un buen caballo de su propiedad, e iba a atender sus cosechas en San Fernando, donde era dueño de una viña.

LOS TACOS

Nuestro Intendente escritor comprendía la importancia del detalle pintoresco, que nunca descuida, lo que lo ha hecho muchas veces conceptuar de ligero y de fantástico. Así, por ejemplo, en detallado y curioso análisis de lo que solía formar los tacos, nos explica cómo se provocaban los aniegos por rebalses de las acequias. En uno de la calle Nueva de la Merced, se encontraron tres palos como de dos metros y dos de uno, dos carretonadas de paja de caballeriza, canastas, tablas, pasto, esteras viejas, palos de leña, papeles, etc., que amontonados en la acequia la hacían rebalsar, con todos los inconvenientes del caso. Así se descubrió, en un albañal de acequia, la imagen de Jesús Nazareno que hoy día se venera en un nicho de la calle de la Bandera detrás de la Catedral.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

FIESTAS CIVICAS

Entre las fiestas cívicas del pasado, cuya evolución a lo largo de más de un siglo ha venido modificándolas de a poco hasta la fiesta actual oficial y popular, está la del 18 de septiembre, que recuerda la declaración de nuestra Independencia.

Benjamín Vicuña Mackenna nos proporciona un programa de aquellas festividades, tal como se celebraban durante su intendencia en septiembre de 1872.

Al salir el sol, es la diana tocada por las bandas de los diferentes cuerpos de Ejército. La ciudad se encuentra totalmente embanderada hasta el 22 de septiembre. El 17 se hacen las salvas de ordenanza a la salida y a la puesta del sol, desde la vieja batería del Fuerte Hidalgo en el Cerro, y siguen cien disparos en roca viva del cerro preparados con oportunidad. El Intendente ha querido inaugurar una exposición, a la cual se ha convidado en el Salón de Honor de la Universidad al honorable Cuerpo Diplomático, a la Municipalidad, al directorio del Ferrocarril Urbano y a los más altos personajes oficiales. A la una tres cuartos, suben dichas personas a un tren a vapor que estaba estacionado delante de la Universidad, el cual

se detuvo frente a la casa particular de S. E. el Presidente de la República. Don Federico Errázuriz subió al carro que le estaba reservado, acompañado de sus ministros y edecanes. El cortejo atravesó las calles del Estado y de la Nevería para parar frente al local de la Exposición. Un escuadrón de cazadores a caballo acompañaba sable en mano el tren presidencial. Se toca el himno nacional a la llegada del Presidente, mientras un batallón presenta las armas. Vicuña Mackenna había querido que en esta circunstancia se oyese la canción antigua, compuesta por el músico chileno Manuel Robles. Pronunció un discurso don Manuel Antonio Matta, y el Intendente declaró inaugurada la nueva línea ampliada del Ferrocarril Urbano. En seguida un coro, compuesto de 700 cantantes, entonó el himno compuesto para las circunstancias por el maestro Bamfi, letra de don Guillermo Matta: el "Apoteosis de la Patria".

En la noche hubo función lírica en el Teatro de Variedades, e iluminación general de la ciudad.

El paseo del cerro Santa Lucía, obra cumbre del Intendente, quedó inaugurado el miércoles 18, y en la mañana del mismo día los cadetes, la tropa de caballería y la Guardia Nacional abrieron camino al Presidente, que iba oficialmente a oír la misa de Tedéum en el templo metropolitano. Durante la ceremonia se disparaban salvas por la batería Hidalgo. El jueves 19, gran parada en la Alameda, iluminación y representación teatral en la Opera. El viernes 20, tradición que se ha seguido hasta ahora, hubo carreras oficiales, la primera reservada a caballos chilenos, y la segunda a animales reproductores montados por jinetes caballeros. En la tarde, grandes fuegos artificiales en el cerro Santa Lucía, y un simulacro militar que concluyó con el incendio de un gran volcán en imitación del Vesubio.

Evidentemente las fiestas que hemos descrito pertenecen a un 18 que podríamos llamar extraordinario, pero todavía en 1887 se celebraba la fiesta nacional con paseo de gigantones y de fantoches por las calles, y las salvas de artillería se disparaban en la Plaza durante el Tedéum, al cual asistían dentro de la iglesia los cadetes de la Escuela Militar.

EXPOSICION DEL COLONIAJE

Incansable es el término que se puede aplicar en todo momento al Intendente. cuya obra a favor de la ciudad no es comparable a la de otro alguno. En marzo de 1873 inauguró la Exposición del Coloniaje, por primera vez en Chile, donde todo lo anterior a la Independencia había sido siempre mirado en menos.

El presidente de la comisión fué monseñor Juan Ignacio Víctor Eyzaguirre; el vicepresidente, don José Manuel Guzmán; los vocales, don Vicente Mira, don Maximiano Errázuriz, el presbítero don Blas Cañas, don Horacio Pinto Agüero, don Ramón Subercaseaux, y varios otros.

Por primera vez se presentaron al público en dicha Exposición las valiosas piezas de plata coloniales, las tapicerías que habían emigrado a las haciendas "para servir de mandiles o de aparejos", como lo escribía don Benjamín Vicuña Mackenna. Por primera vez, no sin cierto desorden, se veía junto todo aquel tesoro de los tiempos de España: los retratos históricos cabe las imágenes talladas veneradas en los templos desde siglos atrás, los carruajes de tiempos pretéritos,

la numismática y la genealogía representadas por sus colecciones de monedas y sus libros de ejecutorias en pergamino.

Al retirarse, en 1875, don Benjamín Vicuña Mackenna de la Intendencia de Santiago, dejaba una ciudad completamente transformada, y que en tan breve lapso había pasado de la infancia a la pubertad.

* * * *

EL SILENCIO DE LAS CALLES

En 1880, a pesar de las grandes casas modernas, reflejo de la riqueza de muchos, que han venido a reemplazar las vastas pero sencillas casonas de rudas tejas, la ciudad goza de perfecto silencio en las noches. Felices tiempos en que eso era posible, y sólo se oía, como solíamos oírlo a principio de este siglo, el grito del bollero, con su farol, y anteriormente a nosotros, el pregón que traía frescura de campo del vendedor de pasto para los caballos de la **calesa** y del **landó**: "¡Hierba!".

Las notas piadosas y melódicas del esquilón de la Catedral anunciaban la "hora de ánimas", y más frágil, como el suspiro de un ánima en pena, la campana que a media noche se percibía, cuando volvíamos de un baile o del teatro: la de las Capuchinas de la calle de la Bandera que llamaba las religiosas a maitines.

NUEVOS PROGRESOS

Santiago se componía en 1882 de 12.441 casas, según una estadística, y esas casas albergaban una población de 180.000 habitantes. Existían 1.107 carruajes particulares: landós, cupés, milords, duques y victorias, breaks y calesas, que rodaban por nuestras calles, a más de 572 coches de arriendo y uso público; por fin, 45.000 personas utilizaban al día el Ferrocarril Urbano, que, atravesando algunas calles centrales, recorría la ciudad desde la Universidad hasta el Mercado Central, y desde el mismo punto hasta la estación del ferrocarril.

El año antedicho se inauguró el alumbrado eléctrico en el Portal Fernández Concha, en el cual cada baratillo tenía su hilo eléctrico, según nos informa "El Ferrocarril". El Hotel Inglés, que a la sazón ocupaba el segundo piso del portal nombrado, fué el primero en instalar la luz eléctrica en todos sus departamentos, y el 25 de enero de 1883 se inauguró el nuevo sistema de alumbrado, con cinco lámparas de "luz eléctrica de Edison", como anunciaba el mismo periódico, en la Peluquería Parisiense, de los señores León Houssais y M. Pagani, situada en la misma galería, donde sigue existiendo, después de

más de sesenta años de buenos servicios al público. El sábado siguiente se inauguró en el almacén de Prá y Compañía, entonces en el Pasaje Matte. Las demás tiendas y baratillos del portal habían tendido hilos "conductores del flúido" para mil luces. Lo mismo sucedió en el Portal Mac-Clure, vecino y rival del de Fernández Concha.

La ciudad principiaba a salir de sus tinieblas callejeras seculares.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

CARRITOS URBANOS

Los tranvías de tracción animal que partían de la Alameda frente a la Universidad, y cuya línea fué inaugurada en 1857, habían, como lo hemos visto, ensanchado su red en 1872 por las calles de Ahumada y Estado e iban poco a poco estableciendo líneas nuevas, que servían los barrios más alejados poblados obreros.

Los populares "carritos urbanos" servidos por conductoras de canotier de paja o de hule, según la estación, delantal blanco y bolsa portamonedas para el dinero, iban tirados por parejas de caballos flacos y sucios, peludos y sin fuerza. Cuando se "empacaban" y rehusaban continuar su servicio, acudían los postillones montados en caballos fornidos que "apegualados" arrastraban los carros calle arriba hasta dejarlos en marcha. Como faltara el circulante, el Gobierno había autorizado la emisión de unas fichas de goma que circulaban como monedas: rojas de cinco centavos, y negras de dos centavos y medio. El pueblo cantaba a propósito de estas fichas:

"¡Allá va, allá va!,
una ficha negra y otra colorá

y una conductora
que no vale na . . ."

Había flirteos de conductoras, y se susurraba que las buenas mozas duraban poco.

Don Santiago Ossa gestionó la electrificación de los carros, y consiguió la concesión. Interesó a los capitalistas ingleses Parish Bros., y vino a Chile para la dirección de los trabajos de instalación un distinguido ingeniero español, de alta situación social: don Pedro Merry del Val. Bajo diferentes nombres fué compañía inglesa, después empresa alemana, para terminar en americana, y a su estado actual, que la hace depender del Fisco. El primer tranvía eléctrico había corrido en las calles de Santiago el 2 de septiembre de 1900.

PASCUA EN LA ALAMEDA

En sesenta años de vida, nuestra ciudad se ha modificado, tanto en sus costumbres cuanto en su edificación, de modo que no parece estar de más recordar alguna de las que han desaparecido con el color local que les era propio, dejando tras sí una urbe sin carácter, igual a todas las grandes urbes del mundo.

Muchos recordamos lo que era la Pascua, tal como se festejaba en los días de Navidad, y en medio del sabor de la cosa criolla y popular. Hará unos veinte años, un decreto la hizo desaparecer.

Copio casi textualmente lo que nos dicen los diarios del tiempo de la Pascua en la Alameda, por los años de 1880.

Desde la mañana se comenzaban en la bella avenida los aprestos para la Nochebuena, se levantaban carpas y se instalaban ventas de frutas, de flores y de refrescos.

Entre las calles de los Baratillos, es decir, de Manuel Rodríguez, hasta Cienfuegos, se levantaban las fondas y las ventas de licores, y ya se oían desde temprano los acordes de las arpas y de las guitarras, no faltando algún "minero de contrabando" ensayando una zamacueca.

Entre las calles de las Cenizas, hoy de San Martín, y de Morandé, se veían dos largas filas de puestos de flores, de fruta, de "locitas de las monjas", de canastillos de Panimávida y de dulces de la Antonina Tapia o de sus innumerables sobrinas.

Alrededor de la estatua ecuestre del general San Martín "sólo se respiraba el perfume de las flores", y entre el bullicio del gentío resonaban los gritos de los chiquillos vendiendo "claveles y albahacas para las niñas retacas", como decían algunos, o "claveles y albahacas con olor a Pascua" . . .

Ya numerosa en la tarde, la concurrencia crecía al llegar la noche, cuando la banda del 8.° de Línea dejaba oír sus primeros acordes: la Fantasía sobre la ópera "Fausto", de Gounod, y el "Vals de las Rosas", de gran moda entonces. Todas las avenidas estaban invadidas por compacta multitud.

En el centro de la ciudad, pastelerías y restaurantes se veían repletos de chicos y grandes, y era una verdadera procesión popular la que invadía las calles del Estado y de Ahumada, de los Huérfanos y los portales.

Pasadas las once, las familias se retiraban para asistir a la Misa del Gallo, mientras en la Alameda continuaban las guitarras y la cueca.

La Pascua, "en los buenos tiempos", era la fiesta por excelencia de los habitantes de Santiago, y se puede sin exageración decir lo mismo en nuestra época, aunque haya cambiado de aspecto y perdido su sabor criollo.

La prensa de hace sesenta años se queja de que se vaya generalizando la moda de las "étrennes", o regalos de Pascua, costumbre nueva traída del extranjero. Se compran cofrecitos, objetos de arte, costureros, juguetes. También nos dice que en las fiestas ha disminuído, sin lugar a dudas, la borrachera popular, ya que en la Pascua de 1882 sólo ha habido 70 "influenciados por el alcohol", según su fórmula elegante, y agrega: "número reducido si se atiende a la inmensa clientela que invadía las carpas. La moralidad del pueblo hace progresos incontestables".

EL PAN DE LA GENTE

Los paseos de Santiago hasta fines del siglo XIX habían cambiado poco después de su incremento por obra de don Benjamín Vicuña Mackenna. Mas, el Tajamar había perdido su calidad de "promenade" de la alta clase, que ya lo frecuentaba poco. Sin embargo, se iba a comprar roscas al "Pan de la Gente", cuyo recuerdo conservan aún muy vivo las personas de edad.

La panadería del Pan de la Gente, cuyo propietario era un don Antonio Silva, estaba situada en una callejuela que Vicuña califica de "romántico y estrecho sendero", la calle de Bueras, que quedaba muy cerca del antiguo paseo.

El comercio santiaguino estaba aún poco desarrollado, si lo comparamos a lo que es hoy día, en que las vidrieras de tiendas están tan surtidas y acomodadas con verdadero arte, que son comparables a las mejores de París.

CENSO COMERCIAL

Sin embargo, un censo le atribuía, en aquel año fatídico de 1872, las siguientes tiendas que dan una idea del comercio hace sesenta años: 4 de piano, 26 almacenes, 810 baratillos, 12 barberías, 12 barracas de maderas o de hierro, 56 carnicerías, otras tantas cigarrerías, 5 clubes, 10 confiterías y pastelerías, 13 corredores de comercio, 8 dentistas solamente, 29 cafés, otras tantas boticas, 24 sastrerías y 7 librerías. Le asignaba también 42 médicos, 29 matronas, 151 abogados, 42 ingenieros, 18 profesores de piano, 2 de baile, etc., y existían a más 3 empresas de carruajes para viajes.

Las estadísticas tienen su elocuencia...

HOTELES Y PENSIONES

Los hoteles de primer orden —relativo— eran, en la misma fecha, 10; los cafés solían también contar con algunas piezas para pasajeros. "Estos últimos —dice Recaredo S. Tornero en su "Chile Ilustrado"— tienen una gran superioridad sobre los anteriores, y es que el huésped puede introducir una mercadería que en los demás hoteles repudian: el licor."

Se hacía una distinción entre estos cafés: había los "aristocráticos" y los demás para los que se llamaban "pijes" y "chusma".

En 1870 se constituyó una gran compañía de accionistas, con el fin de establecer un hotel de primera clase en el segundo piso del Portal Fernández Concha con frente a la Plaza. Su capital era de $ 100.000. Aquél fué el Hotel Santiago, el mejor de Sudamérica. Los muebles habían sido pedidos a Europa, y eran, según se opinaba, de una belleza y de un lujo extraordinarios, lo que permitía a algunos compararlos con el "Hôtel du Louvre", entonces el más afamado de los hoteles parisienses. "Más que un hotel —escribía Tornero—, parece un palacio regio."

Los demás eran el Hotel Inglés, de vieja reputación, que se había instalado en Huérfanos esquina de Bandera; el Hotel París, en

la calle de la Compañía; el Hotel Donnay, en la calle del Estado, "la mejor situación de Santiago", decía "Chile Ilustrado", con buen servicio, comida francesa de primer orden, 60 departamentos para familias, gran comedor de verano, su dueño era Monsieur C. Carré. En 1870, ya existía el Hotel Oddó, en Ahumada con entrada por el Pasaje Toro, donde mismo subsiste hoy día; en la Estación de los Ferrocarriles estaba desde tiempo atrás el mal conceptuado Hotel del Sur, en la Alameda, a una cuadra de la Estación.

En las "casas de pensión" que existían en las calles de Duarte, Nueva-de-San-Diego y Vieja-de-San-Diego, en Lira y Gálvez, se conseguían piezas con comida, lavado, servicio y "asistencia médica" de $ 10.— a $ 30.— mensuales por persona.

En cuanto a cafés y restaurantes, los más reputados a más de los recién establecidos por el Intendente en el cerro Santa Lucía y en el Parque Cousiño, poco frecuentados en general, los santiaguinos de entonces, amigos de la buena comida, disponían del Restaurante Santiago, regentado por Gage, en la calle de Huérfanos 34, frente a la entrada del Pasaje Matte, donde se juntaba cada noche una juventud muy alegre; el de R. Desiré, en el Portal Fernández Concha; los dos Casinos, del portal y del Puente de Palo; por fin, el Restaurante La Bomba, en Ahumada frente al "Salón de Ostras", como decían sus señas.

El Restaurante del Cerro gozaba de buenos salones para familias, gran sala de cristal para el verano, adornados con juegos de agua y flores tropicales. Era una sucursal del Hotel Donnay. Ahí se almorzaba y comía en "table d'hôte" por un peso, y el boleto de comida daba acceso al paseo y al Teatro Santa Lucía, el más elegante teatro de verano de Sudamérica, según Tornero. En dicho teatro había espectáculo diario de septiembre a marzo: zarzuelas, operetas y canciones. El precio del sillón de orquesta era de $ 0.80.

Un Hotel Central existía también en 1888 en la esquina de Merced con San Antonio, con coche en la Estación, a la llegada de los trenes, el que estuvo de moda como punto de reunión de la sociedad durante algún tiempo.

EL PUENTE DE PALO

El Puente de Palo era paralelo al de Cal y Canto, pero más modesto, estrecho, con la nota pintoresca de su techo, que lo transformaba en un "puente cubierto", como el de Lucerna, y su casucha para el policial custodio. Había sido establecido sobre los restos del puente construído en 1681, por el Gobernador don Juan de Manríquez. Una riada lo destruyó en 1877, como también varios pequeños puentes o pasarelas de construcción ligera que existían de ambos lados del majestuoso Cal y Canto. Existe en la hermosa y única colección de pintura chilena en poder del Hon. Lord Forres, en su residencia de Escocia, un interesante cuadro debido al gran artista Charton que representa el paseo del Puente de Palo por los años de 1850, más o menos, con su clientela de damas de crinolina y chal de Ternaux, que acompañan caballeros de patillas inglesas y sombrero de copa, mientras atraviesan a vado unas mulas y su arriero. Atrás aparece un pueblo de campo muy rústico, y el campanario de la iglesia de la Recoleta Franciscana formando como un telón de fondo.

El Puente de Palo era, por esos años, el punto de reunión de los

paseantes, y aun lo era por 1875, con su nuevo casino para conciertos vocales e instrumentales, donde, decían, "podía satisfacerse el gusto del más exigente gastrónomo, aun cuando pida la leche "al pie de la vaca", lo que constituye el paseo de la mañana". El río caprichoso debía llevarse poco después el puente y el techo, el casino y uno de los puntos pintorescos de la ciudad del Mapocho.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

LA MUERTE DEL PUENTE

El Puente de Cal y Canto estaba llamado a desaparecer 11 años más tarde, en aciaga fecha, en toda su solidez, a pesar de los años, y como lo escribía don Ramón Briceño: "con la misma habría continuado a vivir dos o tres siglos más, si no se comete la inaudita y antipatriótica torpeza de ordenar a la sordina que los trabajos preparatorios de la canalización del río comiencen por minar con dinamita los solidísimos cimientos en que tan monumental obra reposaba".

El sábado 11 de agosto de 1888, a las 5 y cuarto de la tarde, las aguas terminaron la fatal destrucción empezada. El último en atravesar el puente, poco antes que se desplomaran sus arcos definitivamente, fué el cuerpo de un italiano que una carroza mortuoria llevaba a su última morada. La población de Santiago entera, desde la orilla del río, miraba acongojada efectuarse la obra de destrucción del mejor monumento que la adornaba, obra vituperable que se ha atribuído al ingeniero de la canalización, con la anuencia por lo menos tácita del Gobierno. La obra de canalización no exigía que desapareciera el monumental puente del corregidor Zañartu, acto de vandalismo inútil e incomprensible que quedará como un estigma para los que lo mandaron ejecutar.

LA GRATITUD NACIONAL

Después de la terminación de la guerra del Perú, se estableció en la Alameda de las Delicias, en el mismo sitio que había abandonado el pequeño convento mercedario de San Miguel, fundado en el siglo XVIII por el Presidente Ustáriz, el Asilo de la Patria, destinado a la educación de los hijos de los oficiales que habían tomado parte en esa guerra, los cuales, uniformados de azul, desfilaban en correcta formación en todas las ceremonias patrióticas o religiosas, siempre muy aplaudidos por el público. En 1890, sin embargo, por falta de fondos, tuvo que ser clausurado —¡el pago de Chile siempre!..., ¡la ingratitud nacional!— y concedido poco después a los padres salesianos.

FIN DEL PALACIO DE LOS GOBERNADORES

Entre las modificaciones importantes efectuadas en los últimos 20 años del siglo pasado, se cuenta la transformación y se puede decir la demolición del Palacio de los Gobernadores o de las Cajas, el cual presentaba, en su fachada modesta pero casi elegante a la Plaza de Armas, una inscripción que recordaba en verso que: "El edificio que ves — Palacio, Caja y Audiencia — es debido a la influencia — del señor don Juan Andrés de Ustariz que de Chile es — Adlante y Gobernador — siendo de esta obra motor — don Rodrigo de Valdovinos reelecto Corregidor — desde los fines del año 1700 — hasta los fines del año 1714".

Se trataba de rejuvenecer una casona vieja de siglo y medio, después de un incendio ocurrido poco tiempo antes. Era de envigado de alerce y portón claveteado de bronce. Uno de sus balcones, bautizado "del Presidente Ustariz", fué entonces trasladado al cerro Santa Lucía, y colgado como puente entre dos rocas.

Después de haber servido para cobijar la Exposición del Coloniaje, propiciada por don Benjamín Vicuña, y de la cual ya hemos dado cuenta, fué transformado en 1882 el viejo edificio en oficina de

Correos y de Telégrafos y de local para la Sociedad Nacional de Agricultura.

A nuestro juicio, aquel modesto palacio que había cobijado bajo su envigado secular tantos Gobernadores de Chile hasta la Presidencia de don Manuel Bulnes, hubiera debido ser restaurado, pero conservado a título de recuerdo de una era histórica de la vida del país. En él habían vivido, entre otros Gobernadores: Ustariz, Cano de Aponte, Manso y Velasco, Amat y Junient, Guill y Gonzaga, Jáuregui, don Ambrosio y don Bernardo O'Higgins, hasta Mariano Osorio y Francisco Casimiro Marcó del Pont, sin hablar de tanto prócer de las Juntas de Gobierno y de la Presidencia de Chile republicano. Ahí doña María Luisa Esterripa, esposa del Gobernador don Luis Muñoz de Guzmán, el cual regentó a Chile de 1802 a 1808, y recordada por muchos años como el tipo acabado de la gran señora de distinción, daba sus saraos, que fueron, se puede decir, como las primeras manifestaciones femeninas y de refinada cultura que se hayan celebrado en nuestro país. Antes que ella, doña Juana Micheo, doña Mercedes Riesco y Ciudad, esposas de los Gobernadores Rezabal y Gabriel de Avilés, y doña Rafaela de Vera Muxica y Pintado, esposa del Gobernador don Joaquín del Pino, Virrey de Río de la Plata después de haber sido Gobernador de Chile, y ella conocida por muchos años en Buenos Aires y en Luján como "la Virreina Vieja", y más tarde doña Manuela Warnes, esposa del Presidente Prieto, llevaron una vida tranquila y sin mayor realce.

Tantos recuerdos serían suficientes al parecer para que se hubiese respetado la vieja mansión ruinosa, pero por aquellos años no existía aquel respeto por las piedras tan elocuentes en su silencio, y que es propio de las naciones más civilizadas, como ya se ha visto con la destrucción despiadada del Puente de Cal y Canto.

CALLES DE AYER; CAMBIOS DE HOY

La misma falta de respeto se reconoce en el cambio de tantos nombres de calles que hubieran debido ser mantenidos por pintorescos y también por las páginas de historia que evocaban.

Así desaparecieron las calles de Aguadores, de Bretón, el Callejón del Traro, la calle del Colegio Agustino, de Duarte, de Mesías, de las Claras, del Peumo, del Chirimoyo, de las Cenizas, del Sauce y de la Nevería, la Chimba y la Cañadilla, así como el Galán de la Burra. Ya anteriormente se habían esfumado las calles de la Espejería, del Peligro, del Pilón, del Barrial, de los Trapitos, de los Afanes, del Portugués y de las Animas, en todo caso más originales que los muy insulsos que ostentan en la actualidad. En las viejas ciudades de Europa, como también en Lima, constituyen estas pintorescas designaciones uno de los atractivos del turista.

Otros lugares saturados de recuerdos han tenido por la fuerza de los acontecimientos que trasladarse a edificios nuevos de barrios más apartados del mundanal ruido, en terrenos de inferior valor, como ser todos los monasterios de monjas, que desde siglos atrás ocupaban grandes extensiones en el barrio central.

Los conventos masculinos, al contrario, se han mantenido hasta la fecha en su sitio de origen, mas, en vista del aumento considerable del valor de la tierra, han tenido que deshacerse de parte del suelo que tradicionalmente ocupaban; así, Santo Domingo, que conserva, sin embargo, la propiedad de la casi totalidad de una manzana; San Agustín, el cual se ha deshecho de las casas de renta para quedarse con la iglesia, el convento y los patios del colegio; la Merced, por su lado, haciendo el sacrificio de la mitad de su territorio tradicional, se ha reservado la parte Norte, que fué partida por mitad al trazarse la calle Nueva de la Merced, hoy de Miraflores.

Hemos conocido al convento de San Francisco con sus cuatro claustros y huertos que abrigaban al modesto rancho que en el siglo XVII habitara el venerable siervo de Dios Fray Pedro de Bardesi, cuya causa de beatificación se sigue en la Corte de Roma, y con las palmeras seculares erguidas de su claustro mayor. Actualmente sólo conserva, fuera de la iglesia conventual y parroquial, a la vez, el gran claustro que rodean galerías de sólidos arcos de medio punto y que adornan curiosas telas de la vida de San Francisco, pintadas en el siglo XVII.

Una sola palmera, varias veces secular, sobrevive de aquel pequeño grupo de "jubea excelsa chilensis", que se ha dicho anterior a la conquista española.

Las calles llamadas de París y Londres ocupan desde el año 1923 el resto del terreno que antes fuera de la capilla de la Soledad, de la curiosa portería cuya imagen se ha conservado en un dibujo del pintor Valenzuela Llanos, propiedad de otro gran artista chileno, don Rafael Correa, donde otrora se levantaran el claustro llamado de San Diego y los demás edificios conventuales junto con aquella interesante sala de aspecto muy colonial del viejo refectorio que se remontaba a los orígenes del convento, adornado su techo de labradas vigas y de dos órdenes de canes sobrepuestos y tallados en la misma forma que los que admiramos en la iglesia, sala que en todo caso hubiera debido ser conservada.

A propósito de San Francisco, es de recordar que la casa y ermita de Nuestra Señora del Socorro les habían sido donadas a los Hermanos Menores de la Orden de San Francisco "para su casa y monaste-

rio", y que "se digan misas en memoria y por el alma del señor Gobernador don Pedro de Valdivia, difunto, que fué el primer fundador y patrón de la dicha ermita" y "con condición que la imagen de Nuestra Señora (del Socorro) que está agora arriba del altar mayor de la dicha ermita, siempre haya de estar y esté adonde al presente está", como se lee en el Libro Becerro del Cabildo de Santiago en el acta correspondiente a la sesión del 17 de marzo de 1554.

Es de notar que las dos condiciones impuestas se respetan aún en el viejo convento que después de cerca de 400 años siguen habitando los frailes Menores.

En el curso del siglo XIX, y por obra de Fermín Vivaceta, la iglesia, el monumento más antiguo de la capital, sufrió varias modificaciones que no nos atreveríamos en declarar como mejoras. El techo, considerado como vetusto, fué, encima del presbiterio, cambiado y reemplazado por una techumbre llana que fué decorada por el pintor Mocchi, el que representó en ella la "Vida de San Francisco". El altar mayor fué "modernizado", es decir, afeado según el gusto de los buenos padres de entonces, poco conocedores por cierto en la materia, pero que hubieran debido ser más respetuosos de la tradición secular. Las cariátides que lo decoraban desde el siglo XVII fueron sacadas y reemplazadas por ángeles con los atributos de la Pasión del mejor estilo del barrio San Sulpicio, obra del escultor Zubicueta. Columnas corintias con estatuas y un sagrario giratorio vinieron a reemplazar el venerable altar contemporáneo de los orígenes. Ya se había roto el techo del presbiterio para facilitar la entrada de la luz y colocar una claraboya en forma de pequeña cúpula que costó la vida a cierta cantidad de canes tallados de tres órdenes sobrepuestos, como aun los presenta el techo de la nave central del templo. Así fué corriendo el tiempo: Santiago perdía una tras otra las galas del pasado.

EN CUARENTA AÑOS

En cuarenta años de residencia en esta ciudad que hemos aprendido a amar más, conociendo las páginas de su ya larga historia, hemos asistido a esa transformación, cuya última etapa, que estamos presenciando, parece ser la definitiva.

Ya Santiago no es la buena capital provinciana y apacible como la encontramos en 1903, con poco movimiento por las calles, con soledad y silencio completo en la noche que sólo rompía, como ya se ha dicho, a media noche la campana de maitines de las Capuchinas y el pito del paco de punto. A veces, en la media oscuridad de las calles solitarias, una silueta se deslizaba, sin otro ruido que su grito famoso y melancólico, el canto del tortillero: "¡De rescoldo tostadita, tortilla buena!"...

Al amanecer se oía la entrada triunfal de los rebaños de pavos que traían al mercado por la calle de San Antonio. A medio día, por las cuadras del centro era la procesión, casi monástica, de las señoras y niñas de vuelta de la misa diaria envueltas en el manto nacional, que embellecía a las que lo llevaban; los señores de "colero", cuello alto y corbata plastrón; el roto de ojota y manta roja, doblada en el hombro; pocos coches de trompa o americanos o algún pomposo

landó de alguna "familia bien", los carros de tracción animal, el paseo del parque; el pavimento deplorable con fallas que se transformaban a la primera lluvia en verdaderos lagunajos. Tal era Santiago hace ya cuarenta años. Y, sin embargo, así y con todo, la vida era amable y mejor para todos que la de hoy día. Parece que el mismo clima fuese entonces más templado, y que las flores olían mejor. Sin duda, nuestros nietos dirán lo mismo del tiempo actual como Talleyrand, demoledor de un régimen del cual, añorando sus encantos medio siglo más tarde, declaraba que "el que no había vivido antes de 1789, ignoraba la dulzura del vivir".

SE VAN LAS CASAS GRANDES

Al mismo tiempo que desaparecían al correr del tiempo muchas costumbres, por el empobrecimiento de las familias de viejo cuño que en ellas vivían, las grandes casas de una época de bienestar venían a menos, como en París los hoteles suntuosos del siglo XVII del barrio del Marais entregados al comercio o a la picota demoledora.

En estos últimos años, hemos visto desvanecerse la quinta Meiggs, ya bien disminuída, despresada y rematada pieza por pieza, y la gran casa-quinta de Concha Cazotte, en la Alameda también, con sus cúpulas doradas de estilo oriental.

Hemos asistido a la demolición del palacio de Urmeneta y a la venta al detalle de sus puertas de caoba maciza y de todo su material de construcción contemporáneo de una época en que no se escatimaban los gastos para que la edificación fuese perfecta y duradera, lo que hizo subir los gastos de edificación a más de 500.000 pesos, suma considerable para la época.

Hemos visto desaparecer la casa de balcón corrido que había sido de los Sotomayor y Elzo, en la Cañada esquina de San Antonio, como también la de balcón corrido y de gran abolengo de la calle de

las Monjitas, que perteneció antaño a doña Mercedes Marín Recabarren de del Solar, y la pintoresca posada de Santo Domingo, con su altillo de esquina, donde llegaban las berlinas que hacían el viaje de Puerto a Capital y de Capital a Puerto.

Las casonas una por una y sin ruido se han ido o se van, sin que llamen la atención sino una vez que se han ido.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

¿DESAPARECERA LA CASA COLORADA?

Queda la gran Casa Colorada que fué de don Mateo de Toro y de los Condes de la Conquista, donde hemos visto no hace tantos años sus herederos de estirpe y de título llevar noble, generosa y amplia vida de señorío. Está hoy día condenada a desaparecer a corto plazo con su orgulloso mojinete, sus rejas, su balconería, sus faroles de hierro anticuados, su maciza puerta de calle por la cual pasaron las calesas de antaño y la carreta entoldada que llevaba a paso de buey, con camas, alfombras, petacas y guitarra, la familia a la gran hacienda de la Compañía, que medía más de diez mil cuadras cuadradas. Un rascacielos de diez pisos reemplazará pronto la imagen amiga y tradicional, que se irá donde todo se va: el hombre, las flores, las casas y todo...

LA CUADRA DE LOS MAYORAZGOS

En la misma calle de la Merced esquina de San Antonio, donde trazamos estas líneas, en la cuadra de los mayorazgos de antaño: los de Toro, de Ruiz Tagle, de Valdés y de Prado, la gran casa de piedra de otro mayorazgo, el de Alcalde Conde de Quinta Alegre, obra de Toesca, hermana menor de la Moneda, se desvaneció hará unos 45 años para ser reemplazada por la casa de estilo palaciego y renacentista que edificara ahí Monsieur Emile Doyère, antiguo arquitecto del castillo de Pau, para la familia de Alcalde y Lecaros, que la abandonó poco después.

Como ya se ha dicho en estas páginas, la casa de don Melchor de Santiago Concha, obra de Brunet-Debaines, existe aún en Huérfanos esquina de San Antonio. Con todo su aspecto de gran mansión aristocrática, tal como se ven en la rue de Varenne o la rue de Grenelle en el barrio noble de París, con su inmensa portada, se ha democratizado y es hoy la sede de una cooperativa de nuevo cuño.

Como ya se dijo, la casa del Presidente don Manuel Bulnes, con su carácter de seria distinción y la columnata del peristilo exterior, cobija por su parte un liceo de niñas; la de don Salvador Izquierdo, inmensa bajo su gran frontón triangular, y las tan numerosas de la

calle de Huérfanos, que eran de señorío, como las de las Monjitas en el siglo que pasó, han tenido que seguir la suerte general y pasar a ser presa de las grandes admistraciones o de las cajas de carácter social establecidas en estos últimos años. Testigos de una época de prosperidad en que la vida podía desarrollarse con la amplitud de los tiempos pretéritos, con habitaciones vastísimas, con cocheras y caballerizas en su parte posterior, han sido enajenadas por la dificultad de la numerosa domesticidad y considerables gastos que exigía su mantenimiento.

HOY

Largo sería pasar en revista las demoliciones y modificaciones que cada día que pasa trae a las casonas familiares del siglo pasado, que hemos conocido habitadas por las familias que las edificaron. Mas hoy en Santiago, como sucede en todas partes a través del mundo actual, testigo de tantas ruinas, de tanto cambio en las costumbres y en las situaciones heredadas del pasado, señalando el fin de una era de la civilización, si no de la civilización misma, los matrimonios jóvenes abandonan las casas de sus padres para reducir su vida a un marco más modesto, pero rodeado de más comodidades. Se han trasladado a barrios modernos, a ese nuevo Santiago que se ha formado a continuación y al Oriente del viejo Santiago del Nuevo Extremo, al Santiago Ciudad-Jardín de Providencia y de Las Condes, que poco a poco lo está desplazando, por lo menos a título de barrio residencial, con sus jardines y casas de hermoso y cómodo estilo moderno, pero desprovisto de todo carácter criollo.

Así y con todo, Santiago, ciudad de un millón de habitantes, con sus barriadas anexas de El Llano, de Ñuñoa, Macul, Tobalaba,

Providencia y Quinta Normal, sin hablar de Las Condes, que ya se va soldando al conglomerado santiaguino, cuya formación hemos tratado de presentar en forma breve a nuestros lectores en su historia de siglo en siglo, continúa siendo, a más de ciudad que goza de todas las exigencias de la capital moderna, a pesar de muchas deficiencias que todavía quedan por solucionarse, la ciudad amena, de agradable y sano clima, que hemos visto apreciada y alabada por todos, conquistadores y visitantes, y que amamos como a la capital de la patria.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

INDICE

DE OBRAS CONSULTADAS

SIGLO XVI — Actas del Cabildo de Santiago.— Cartas de don Pedro de Valdivia al Rey.— Inca Garcilaso de la Vega: Comentarios Reales de los Incas.— Alonso González de Nájera: Desengaño y Reparo de la Guerra de Chile.— Francisco Pineda y Bascuñán: El Cautiverio Feliz.— Proceso de Pedro de Valdivia (Anales de la Universidad).— Tomás Thayer Ojeda: Santiago en el Siglo XVI.— Apuntes para la Historia Económica y Social.— Crescente Errázuriz: Santiago a los Doce Años de su Fundación.— Leyes de Indias.— Padre Diego de Rosales: Historia General del Reyno de Chile.— Diego Barros Arana: Historia General de Chile.— Domingo Amunátegui Solar: Las Encomiendas de Indígenas de Chile.— Miguel Luis Amunátegui: El Cabildo de Santiago. —Ramón Briseño: Repertorio de Antigüedades de Chile.— J. T. Medina: Documentos Inéditos.— J. Alemparte: El Cabildo de Santiago.— Fernando Márquez de la Plata: El Traje en Chile en los Siglos XVI, XVII y XVIII.— Eduardo Solar Correa: Las Tres Colonias.— Documentos Históricos del Arzobispado de Santiago (E. Lizana).— Archivo de Escribanos.— Etc.

SIGLO XVII — A más de obras ya citadas:
Pedro de Oña: Arauco Domado.— Padre Alonso de Ovalle: Histórica Relación del Reyno de Chile.— Luis Tribaldos de Toledo: Vista General de las Guerras de Chile.— Pedro Mariño de Lovera: Crónicas del Reyno de Chile.— Sínodos del Arzobispado de Santiago.— Benjamín Vicuña Mackenna: Historia

de Santiago.— Id.: La Quintrala.— Miguel Luis Amunátegui: El Terremoto de Mayo de 1647.— Domingo Amunátegui Solar: Mayorazgos y Títulos de Castilla.— Francisco A. Encina: Historia de Chile.— Juan Luis Espejo: Nobiliario del Reyno de Chile.— Padre Policarpo Gazulla: Los Mercedarios en Chile.— Archivo de la Real Audiencia.

SIGLO XVIII

Fuera de las obras ya citadas: Louis Frézier: Voyage à la Mer du Sud.— Alonso de Córdoba y Figueroa: Historia de Chile.— Abate Molina: Compendio de la Historia de Chile.— Felipe Gómez de Vidaurre: Historia de Chile.— George Vancouver: Voyages de Découverte dans le Pacifique.— Pérez García: Historia del Reyno de Chile.— Benjamín Vicuña Mackenna: La Cañada de Santiago.— John Byron: Relato.— Thadaeus Peregrinus Haencke: Descripción del Reyno de Chile.— Zolezzi: Historia del salario indígena durante la Colonia en Chile.— Jorge Juan y Antonio de Ulloa: Relación histórica del viaje a la América meridional hecho de orden de S. M.— Carvallo Goyeneche: Documentos de Archivo.— Etc.

SIGLO XIX

Fuera de las obras anteriormente citadas: Los viajeros: Schmidtmeyer, Samuel Haigh, Gabriel Lafond de Lucy, John Myers, William Ruschemberger, Alexander Caldcleugh, Mary Graham, etc.— Ernesto Greve: Historia de la Ingeniería en Chile.— Monseñor Crescente Errázuriz: Páginas Escogidas.— Memorias.— Virgilio Figueroa: Diccionario Histórico y Biográfico.— J. Zapiola: Memorias de Treinta Años.— Colección de Historiadores y Documentos Relacionados de la Independencia.— Sady Zañartu: Calles Viejas.— Almanaques Antiguos.— Three Years in Chile (by a lady).— Roberto Hernández: Chañarcillo.— J. A. Rosales: El Puente de Calicanto.— La Cañadilla de Santiago.— L. Blanco: Vida y obras del arquitecto don Fermín Vivaceta.

—L. E. Soto: El Turf en Chile.— Ismael Valdés Valdés: El Cuerpo de Bomberos de Santiago.— Colección completa del "Zig-Zag".— César Valdés: Recuerdos de Otros Tiempos.— B. Vicuña Mackenna: Miscelánea.— La Exposición del Coloniaje.— Páginas Olvidadas.— El Barrio de los Presidentes.— Los Hogares y las Calles de Santiago. —Un Año en la Intendencia de Santiago.— La Transformación de Santiago.— Daniel Riquelme: El Incendio de la Compañía.— Vicente Grez: La Vida Santiaguina.— Pérez Rosales: Recuerdos del Pasado.— Mariano Casanova: Historia del Templo de la Compañía.— Liéut. J. M. Gilliss: The U. S. Naval Expedition to the Southern Hemisphere.— R. S. Tornero: Chile Ilustrado.— Ricardo Latcham: Estampas del Nuevo Extremo.— Boletín de Leyes.— Diarios de la época.— Documentos de archivo.— Revista de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía.— Boletín de la Academia Chilena de la Historia.— Boletín de las ordenanzas y disposiciones de policía. (1860).— Guía General de Santiago. 1888.— Diarios antiguos.— Etc.

PAG.

Paseo a los baños de Colina (Dibujo de Lehnert, según J. M. Rugendas), 1834 493

El Cucurucho (Pintura de M. A. Caro), 1867 494

Grupo de penitentes, cucuruchos de la Hermandad del Santo Sepulcro, en Semana Santa, 1880. (Fot. de M. Bainville.) . . 495

Cucurucho, "paco" y "soldados romanos", después de la Procesión del Viernes Santo, 1860. (Fot. de M. Bainville.) . . . 496

Zapadores del Ejército chileno, 1859. (Fot. de M. Bainville.) . . 497

El manto. (Estatuita, obra escultórica de la señora Laura Mounier de Saridakis.) (Fot. Zig-Zag.) 1900 498

El manto en 1904. La gruta de Lourdes. (Fot.) 499

El demandadero de Santo Domingo. (Cuadro de Caro.) 1867. . . 500

La cobradora de carrito urbano (Dibujo de Thulstrup), 1889 . . 501

El "pololeo" en el paseo de la Plaza de Armas (Dibujo de Thulstrup), 1889 502

Una mañana en los Portales (Dibujo de Thulstrup), 1889 . . 503

El vendedor de "mote e mei", 1885. (Fot.) 504

La tienda de "ollitas" populares de greda, en la Pascua de la Alameda, 1910. (Fot.) 505

P/ RECUERDOS DE VIDA SOCIAL

Un matrimonio principesco. Don Florencio Blanco Gana y su esposa la Princesa Olga Troubetzkoy, 1865. 510

Una familia patricia en 1860. (Fot.) (En homenaje a don Benjamín Vicuña Mackenna.) 510

Grupo de la familia de don Pedro Félix Vicuña: su esposa, hijos, hijas, yernos y nueras. Entre ellos el gran Intendente de Santiago, don Benjamín Vicuña Mackenna y su esposa. (X) 509

Un acontecimiento social en Santiago, 1887. Don Carlos de Borbón, pretendiente a la Corona de España, en visita a la Hacienda Santa Rita, con su séquito y amigos. (Fot.) 511

Los últimos testigos del Santiago de antaño. La única palmera secular de nuestras calles (Santo Domingo) desaparece destruída en 1942. (Foto del autor.) 512

INDICE

DE CAPITULOS Y SUBTITULOS

PRIMERA PARTE—SANTIAGO EN EL SIGLO XVI

	PAG.
La llegada	11
La fundación	15
La traza	19
El villorrio	21
Las casas	24
La ermita y los molinos	26
La Cañada	28
Manda el Cabildo	29
La Iglesia y las iglesias	33
Santiago en 1571	35
Las calles	37
Las plazuelas	39
Quintas y viñas	41
Plano regulador y progreso edilicio	43
El amo	45
Nuevamente los templos	47
El flagelo del Mapocho	51
Los pobladores	53
Lujos y elegancias	56
Galas y recepciones	58

SEGUNDA PARTE—EL SIGLO XVII

Del clima y del cielo	61
Lo que va de ayer a hoy	64
Un país de cocaña	66
De los bosques y huertos	68
Los habitantes	70
Santiago en 1610	72
Roma de Indias	75

PAG.

Más tebaidas 82
Procesiones por esas calles 85
De la virtud, del recato y de la caridad 87
Una casa santiaguina en el siglo XVII 89
La ruina de una ciudad 91
El Señor de la Agonía 94
El derrumbe 96
Se vuelve a la vida 97
Diez años después 99
Del buen gobierno de Henríquez 101
Fines de siglo 104

TERCERA PARTE—EL SIGLO XVIII

El paisaje 107
Monsieur Frézier 109
En viaje a Santiago 111
Los jardines de Santiago 112
Santiago en 1712 113
El plano de Frézier 114
El Cerro, peñón desértico 116
Tejas conventuales 117
La defensa de la Cañada 119
Nuevos claustros 120
Antaño y ogaño 122
Más tarde, la ciudad 124
Nuevamente, la ruina 125
La Plaza del siglo XVIII 127
La casa de almoneda 130
La nueva casa de Cabildo 131
La casa de los Gobernadores 133
El Puente 135
Toesca 136
Más asceterios 137
Casa de Obispo y Sínodo 139
El fin de los jesuítas 141
Por la ciudad 143
La era bonancible 145

PAG.

Lujo de hidalgos 146
Los pasatiempos 148
Fiestas reales 150
Fines de régimen 151

CUARTA PARTE—EL SIGLO XIX

Alborada de siglo 153
Los viajeros 156
La Plaza en 1820 158
La Pila de Rosales 161
El Palacio y el Puente 163
La calle a hora de siesta 165
Pregones callejeros 167
Ordenanzas de buen gobierno 169
Nuevos nombres a las calles por ordenanza . . . 171
La moda y las mujeres 173
Mujeres del año 20 176
Una visita 178
La taza de té 180
Paseando por las tiendas 182
Por los paseos 185
El Cerro y la Cañada 188
El paseo de la tarde 190
Cabalgatas 191
Patios floridos 193
Veraneos 194
Hoteles, fondas y cafés 196
En el teatro 199
Saraos 202
La comida 204
Después del cuerpo, el alma 206
Gobierno, policía y justicia 209

IMPRESIONES DE UN ASTRONOMO (1850)

La comisión astronómica del Santa Lucía . . . 213
Madrugada 214

PAG.

Furor de edificación 216
El grito del sereno 217
Ladrones 218
Cifras 219
Casas de antaño 220
Teatros nuevos 222
Portal 224
La Cárcel 226
Una ejecución 227
Relaciones sociales 229
Las Cámaras 232

EL PROGRESO URBANO (1850-1880)

Arquitectura santiaguina 235
Vivaceta 237
Solares antiguos y nuevos 239
La Alhambra 241
Jardines y flores 242
El lujo 244
Santiago en 1852 246
Proyectos edilicios 248
El fin del Portal de Sierra Bella 250
La hoguera de la Compañía 251
Coches de servicio público 253
Alumbrado público 254
Prohibiciones callejeras 255
El volantín 257
Modas 258
El provinciano en Santiago 259
El regreso del provinciano 262

LA TRANSFORMACION (1872)

Nueva Era 263
Benjamín Vicuña Mackenna, Intendente 264

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

PAG.

El Mapocho canalizado 266
Barrios obreros 267
La transformación del Cerro Santa Lucía . . . 269
Calles tapadas 272
Los palacios de la Plaza 274
La labor intensa 276
Ideas de Intendente 278
Capillas suprimidas 279
Mejoras de progreso 280
Un mendigo capitalista 281
Los tacos 282
Fiestas cívicas 283
Exposición del coloniaje 285

ULTIMOS AÑOS DE UN SIGLO (1873-1900)

El silencio de las calles 287
Nuevos progresos 288
Carritos urbanos 290
Pascua en la Alameda 292
El pan de la gente 294
Censo comercial 295
Hoteles y pensiones 296
El Puente de Palo 298
La muerte del Puente 300
La Gratitud Nacional 301
Fin del Palacio de los Gobernadores 302
Calles de ayer; cambios de hoy 304
En cuarenta años 307
Se van las casas grandes 309
¿Desaparecerá la Casa Colorada? 311
La Cuadra de los Mayorazgos 312
Hoy 314

Indice de obras consultadas 317

SECCION CONTROL
Y
CATA[illegible]CION
BIBLIOT[illegible]NACIONAL

ACABOSE

DE IMPRIMIR ESTA OBRA, EN LA CIUDAD DE SANTIAGO DE CHILE, EL DÍA 15 DE JUNIO DEL AÑO MCMXLIV, EN LOS TALLERES DE LA EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A. SE HICIERON DE ESTE LIBRO 1.800 EJEMPLARES EN PAPEL HILADO, Y 200 EJEMPLARES, FUERA DE COMERCIO, NUMERADOS DEL 1 AL 200.

L A U S D E O.